

JERIGONZA
CUENTOS Y ANIMALES

Lic. Juan Sabines Guerrero

GOBERNADOR CONSTITUCIONAL DEL ESTADO DE CHIAPAS

Lic. Jane de Guadalupe de la Cruz Palacios

DIRECTORA GENERAL DEL CONECULTA

Profr. Carlos Román García

COORDINADOR OPERATIVO TÉCNICO

Lic. Ruth Mercedes García Farrera

DIRECTORA DE PUBLICACIONES

Kyra Núñez

863.44M

N575

J55

Núñez, Kyra

Jerigonza: cuentos y animales / Kyra Núñez. — Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México: Consejo Estatal para las Culturas y las Artes de Chiapas, 2009.

104 p.; 20 cm. — (Biblioteca Hechos en Palabras. Serie Letras nuevas; 4)

ISBN 978-970-697-253-8.

1. CUENTOS MEXICANOS — CHIAPAS 2. CUENTOS INFANTILES MEXICANOS 3. CUENTOS CHIAPANECOS

JERIGONZA

CUENTOS Y ANIMALES

PORTADA: *Al vuelo (detalle)*, DE PATRICIA CASTILLO.

© KYRA NÚÑEZ

D.R. © 2009 Consejo Estatal para las Culturas y las Artes de Chiapas, Boulevard Ángel Albino Corzo 2151, Fracc. San Roque, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, C.P. 29040.

editorial_coneculta@hotmail.com

ISBN: 978-970-697-253-8

HECHO EN MÉXICO

CONSEJO ESTATAL PARA LAS CULTURAS Y LAS ARTES DE CHIAPAS

2 0 0 9

*A las abuelas,
empezando con Mamá Teté y Mother Britt (†)
y también a los abuelos, faltaba más.*

Y sin más....

PRÓLOGO

Para mi sorpresa, el sujeto común de estas historietas son los animales: gatos, mariposas, vacas, caballos y hasta dromedarios... ¡qué chistoso me resultó ver que así era! Pero la verdad es la verdad: fue involuntario. Estos cuentos fueron apareciendo en mi mente uno tras otro en diferentes años y lugares, pues nunca me levanté una mañana y me dije: “hoy escribiré un cuento sobre un elefante...” (aquí entre nos, tampoco me levanto habitualmente de mañana).

El segundo motivo de sorpresa después de la lectura final de los cuentos es su referencia, casi general, al lenguaje; me refiero a los animales que hablan, que me cuentan cuitas, que se refieren a sus pueblos, a sus familias e incluso escriben cartas. Me sorprendió porque subconscientemente delata un hecho: la dificultad de aprender idiomas... si me resulta difícil aprender otro lenguaje de los que hablamos los humanos, imagínense lo complicado que debe ser aprender un idioma animal y, además, un idioma animal extranjero —como la historia del gato que habla vietnamita, diferente al idioma que habla el gato mexicano.

Jerigonza no era el título principal pero me salió de última hora, y me gustó. Me pareció apropiado porque no hago otra cosa que hablar en jerigonza, y lo hago en forma “enfática” —como dice el diccionario—, sobre todo siempre en relación con acciones ridículas —que en mucho, tienen que ver conmigo.

Creo que fueron los recuerdos de mi infancia tuxtleca que se colaron por mi mente, porque habrá de saberse: viví entre animales. Por principio de cuentas siempre tuve gatos. Recuerdo sobre todo a Pierre y Margarita, dos gatitos de raza persa, blancos de lo más peluditos que se puedan imaginar; Mimo, un angora de color gris con las puntas de las patas y de las orejas en blanco, a Tomás le encantaba ir a pasear en mi Datsun color turquesa y se acomodaba entre mi nuca y el respaldo del asiento hasta que una vez me cachó un *tamarindo* (agente de tránsito) y me infraccionaron por ello; mi primer gato siamés, Teodoro (W. Adorno) fue chilango pero no duró mucho tiempo porque desapareció de casa de mis abuelos, y Pakal, un atigrado, fue mi último del Defe pero cuando regresé a mi tierra natal lo llevé conmigo... no se imaginan su sorpresa al verse en un jardín, le tenía miedo a toda la naturaleza alrededor de mi casa paterna; al siamés de Hanoi lo encontré en el mercado y le puse de nombre Thang Loi, aunque también respondía a Francés, y allá se quedó con una pareja de franceses que prometieron alimentarlo con paté, que era lo que a mi gato le gustaba; Tometot y Slikepot fueron hermanitos angoras, que se pasaron su corta vida jugando, corta porque murieron por una hepatitis que les resultó de una mordida de perro; Though Nhat y Thang Loi fueron siameses blue point (porque la punta de las orejas se ven azuladas) que la gozaron durmiendo la siesta sobre mi enorme vientre cuando estuve embarazada de Ámbar Maya. Mi último gato fue francés, de nacionalidad, y panadero (regalo de la dueña de la boulangerie en Prevevin), de raza europea por no decir que era corriente, al que llamamos Misho, que es como decir gato en mi pueblo (fue, pues, durante casi trece años un gato-gato) y tuvo más de siete vidas. Pero también recuerdo a Rita, una gatita que mi mamá les regaló a mis

hijos un verano para que tuvieran una mascota, que perdió un ojo por culpa de un pajarito (bueno, en realidad, cazando al pajarito, éste se defendió como pudo).

Por supuesto que tuve perros. El primero que recuerdo era un gran dálmata, al que mi papá le puso Máster porque este atractivo perrazo creía que era él quien ordenaba. Le siguió Lobo, cruza de pastor con lobo —así decíamos para echarle miedo a los vecinitos—, al que algún malvado mató dándole una dosis de comida con vidrio molido; a la bóxer Yuca que era corta de patas y rechoncha de cuerpo con piel de tigresa, una chulada; al primer Rex al que le siguieron muchos otros de raza dóberman con el mismo nombre, y a sus parejas Sunia, aunque el último dóberman en casa se llamó Nico, dizque por el nombre de una película; estuvo también Pinky, la terrier color de rosa de mi mamá. En Islamabad tuvimos a Súper. ¡Ah!, este perro creo que era de todas las razas pero, eso sí, superinteligente; cuando supimos que dejaríamos de vivir en Pakistán lo regalamos a una familia en Rawalpindi pero un día, de regreso a casa, lo encontramos esperándonos, sentado en la mitad del jardín, pues había encontrado su camino a casa y regresó 23 kilómetros, así que por decisión de Renato y Aliosha siguió con nosotros. Lennon, nuestro springer spaghiel gringo, cumple doce años en 2008. Lo trajimos a los tres meses a Suiza pero nació en Washington; siempre contamos la historia de que nos tuvimos que cambiar tres veces de casa pues, como es brincador, se saltaba la barda del jardín y terminaba en todas partes.

Sí, ya sé que muchos niños y adultos tienen perros y gatos. Pero ahora les cuento que también conviví con pumas y pijijis, escarabajos y conejos, libélulas y gallinas, puercos y culebras de todo tipo. Mi hermano Ruy disecaba búhos y canarios y qué sé yo; afortunadamente no logró

embalsamar al loro que aprendió a gritar como corneta diciendo: “Rodrigo, Rodrigo, despierta, a la escuela” y luego canturreaba una marcha militar (es cierto; no es cuento), o a los innumerables pericos que pasaron por la misma jaula colgada en la entrada del jardín.

Y no, cuando andaba yo por la escuela secundaria, no conocía ni sabía ni me habían contado ni había visto a Frida Kahlo, pero mi hermanita Roxana se pasaba la vida con Moncho, un mono, colgado sobre su hombro derecho, la cola enrollada en su nuca, como el collar más natural del mundo, y nunca me horroricé ni me pareció singular verla así, por aquí y por allá, con un chango de mejor amigo; Moncho era de gran inteligencia: vivía encima de una tarima sobre un árbol amarrado con una correa, la cual abrochaba y desabrochaba a su antojo; no pocas veces vinieron las vecinas a quejarse de que les había comido los tomates, los chayotes, los mangos, pero para entonces el chango ya estaba bien amarrado en su casa, tan inocente. Pero del primer mono que me acuerdo es de Pancha, que llegó a ser tan celosa de mi mamá que hacía unos berrinches fenomenales cuando mi papá la abrazaba, a mi mamá, no a la mona, pero eso sí, cuando papá llegaba a casa lo recibía con grandes besos. Otro de los changos que tuvimos acabó con la fiesta de primera comunión de las hijas de la vecina; de seguro que al oír el bullicio decidió echar un ojo y al ver tanto niño, tanta comida pues, se le antojó y los chamaquitos se alarmaron porque ellos sí que no habían visto un mono en libertad.

También tuve un alcarabán; me lo regaló mi papá porque cuando estaba en la escuela secundaria fui parte del grupo folklórico y bailaba la danza del alcarabán, que es un animalito que parece gallina, gracioso pero que camina feo, como que se le quiebra la cabeza; yo decía que este animal no era zoque sino egipcio pues se movía como esas bailarinas que

danzan con la cabeza así, moviéndola mucho. Y pescados, tortugas y tortuguitas que luego dejábamos en libertad en el jardín; gusanos, grillos, escarabajos, chichihuis y mariposas, así como catarinas que cambiaban de color y luciérnagas que irradiaban luz fosforescente, que guardábamos en botes de cristal bien tapados. A los alacranes los amarrábamos cola a cola con hilo y los metíamos en cajas de zapatos pero cuando cachábamos una viuda negra, corríamos a decirle a papá. Los caballos que paseaban a mis hijos creyendo que eran del abuelo, en realidad eran prestados por un amigo pero ellos ni se enteraban —los caballos y mis hijos.

Les juro que nunca tuve culebras o víboras de mascotas. Éstas venían a la casa sin invitación. Y muchas eran peligrosas, no simples ratoneras sino coralillos de verdad; una vez el drama fue enorme en la casa cuando mi mamá, regando sus lirios, por equivocación casi agarra a la coralillo creyendo que era la ballerina de mi hermanita. Pegaba de gritos y mi papá, estoico como siempre, agarró un martillo y un clavo y tran, la clavó en la tierra ante el azoro de todos nosotros. O la cobra que se paseaba en nuestro jardín paquistaniano con la cabeza erguida... Uuuuhhh, mejor ni cuento.

No recuerdo qué más, pero a veces eran animales exóticos, como mapaches, quetzales guatemaltecos y chiapanecos o aquel pavo real que le regalaron a papá dizque para que nos lo comiéramos; nunca faltó el tradicional pavo en la cena de Navidad —luego que lo engordábamos con granos y frutas para que la carne fuera más succulenta, y de que lo emborracháramos para que no se diera cuenta que lo iban a desnucar—; ahora que lo pienso ¡qué horror! Los conejos desaparecían por huecos que dejaban debajo de la barda y otros, sin duda, terminaban en la cocina sin que nos lo dijeran.

Sí, recuerdo que con tono humilde reconocíamos tener un zoológico en la casa, pues nunca había menos de una docena de animalitos. Cobrábamos la entrada a quien quisiera pagarla, a diez centavos de aquellos de los años sesenta, y ofrecíamos jugos de los frutales del jardín: mango, papaya, limón, mandarina, coco, guayaba, tamarindo...

¿Qué fue de esos animalitos? Como el puma apestoso que mi papá le regaló a sus nietos un verano de principios de los años 90, la mayoría terminaba en el zoológico. Los llevábamos con gran pompa a su nueva casa, confiados en que, como decían los papás, ahí serían bien cuidados... pero más pronto dejábamos uno cuando otro tomaba el lugar de la atracción en el jardín.

No, no es por esos animalitos que el zoológico de mi pueblo es el más importante del continente y entre los más famosos del mundo¹ pero, de chiquita, siempre me creí medio dueña y llegaba frente a la jaula de los monos; llamaba al Moncho y muchos venían a verme, por lo que imaginaba que era nuestro mono con sus hijitos... y luego pasaba a ver jaguares porque si alguna vez hubiera podido tener uno en casa, lo habría amado tanto que no lo habría llevado al zoológico; mi paseo por el parque Madero terminaba ante la jaula del hermano Coyote, a quien pedía que cuidara de todos esos animalitos.

A lo mejor es por estos recuerdos felices que la mayoría de los cuentos tienen como actor principal a un animal.

Ojalá les gusten (los animales y los cuentos).

Cariñosamente,
Kyra

¹ El zoológico Miguel Álvarez del Toro, mejor conocido como el ZOOMAT, en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.



Gato extranjero

LA VIDA EN HANOI se estaba volviendo normal... “Es tiempo de tener un gato”, me dije una mañana en la que no había mucho qué hacer en el hogar frente al Templo de Literatura.

Sí, con un gatito, minino, misho, los días serían más activos: me levantaría temprano para darle de desayunar y acariciarlo, en el transcurso del día tendría que saber dónde está el gato, si comió, si salió a pasear, ver si había dormido su siesta, darle de cenar, ponerlo a dormir en un lugar seguro... hay mucho qué hacer cuando se tiene un gato en casa.

¿Un gato en Hanoi?

Me subí en mi *xe dap*² y di varias vueltas a la manzana buscando un gatito para adoptarlo. “Será fácil —me dije—: al primero que vea lo agarro, y si no tiene dueño, pues me lo llevo a casa”. Pero no encontré ninguno.

La verdad es que sí que quería un gato. De preferencia siamés. Siempre he pensado que son muy lindos y por eso me gustan las historias donde aparecen como pícaros y malignos aunque son encantadores, sobre todo cuando cantan maullando. Un siamés tiene una colita que termina como si fuera gancho, sus ojos son bizcos de un azul cielo en vísperas de anochecer, con un hocico bicolor, así como las orejas y el pelaje entre beige-negro-café oscuro o bien puede destellar azul. Además, los gatos siameses son más divertidos porque, todo mundo sabe, son más curiosos.

² Bicicleta, en vietnamita.

“¿Dónde podré conseguir un gato en Hanoi?”, me pregunté y, como no sabía la respuesta, pregunté a quienes sí sabrían: los hanoítas. A mi profesor de vietnamita, monsieur Tu, a las amigas de la casa de enfrente y a las recamareras del hotel Thong Nhat; a monsieur Khoang, a muchas otras personas en la ciudad... todos dijeron: en el mercado de los animales.

Y uno de esos días, por la mañana, muy temprano, me dirigí al mercado Dong Xuan. Conozco bien el lugar. Me encanta, pues tiene secciones para todo: de flores, carne, vegetales, frutas, dulces; la de enseres domésticos, telas y marroquinería; tiene también productos de belleza hechos con hierbas y semillas. En general, a comienzos de otoño en esos años de fines de los 70, en el mercado no hay abundancia de nada. Todo es escaso, con cupón o sin éste. Donde se ve más actividad es en las panaderías.

En la parte de atrás del mercado que conozco, la de las cosas lindas, está la sección de los animales, me dijo una viejita con cara de sorpresa ante mi pregunta. Imagino que todos, menos yo, saben dónde se encuentra el lugar.

La verdad es que, no sé por qué, pero soy una miedosa de los animales. Hay unos que, francamente, honestamente, humildemente, reconozco detestar: las víboras, serpientes y cobras, en particular. Le siguen todos aquellos animales que desconozco y otros que, aunque conozco, no me inspiran mucha confianza: pumas, lobos y hasta algunos perros que se ven agresivos. Tampoco puedo decir que me gustan los animalitos que viven en lugares acuáticos, especialmente los chiquitos —como los pescaditos azules cuando no están dentro de las peceras— y los grandotes, pues ¿cómo podría gustarme un tiburón?

Hay otros que me han hecho soñar, como el ganso que se llevó a Nils, un niño sueco, a volar por todo su país, y

el delfín que vive en México, pero en general soy de las personas que están re-que-te-contentas con un gato.

Me armé de valor y, aunque no quise ver los animales que no me gustan, no podían pasar desapercibidos. En la sección de peces y mariscos había hasta serpientes de mar, vivas, coleando en canastas de mimbre; cangrejos y tortugas, todos vivos; los pescados estaban apilados en barricas de agua dulce para los de agua dulce, y de mar para los de agua salada. No sé mucho de pescados, es cierto.

Más adelante había un jolgorio con los cientos de pajarritos enjaulados, de todos colores y cánticos sublimes, de todos los tamaños. —¿Y si me consigo un pájaro? Pero no, vine por un gato y un gato voy a encontrar —dije resuelta.

Me había preparado. En vietnamita gato se dice *con meo*. Con mi maestro Tu había preparado lecciones especiales para poder pedir: quiero un gato, lo puedo comprar, qué raza es, qué edad tiene, es gato o gata, ¿ha estado enfermo?, qué le gusta comer, cuánto quiere por el gato... Además, como replicar: Ah, no, es muy caro, le ofrezco 10 dong,³ bueno, 15 dong. Y mostrarme contenta: ¿Acepta? Qué lindo, le prometo que lo cuidaré, *xin ca mon*.⁴

No estamos hablando de un mercado muy concurrido por extranjeros. En general, se nos ve con recelo. Y tienen razón, son un pueblo que ha sufrido mucho, que ha sido invadido por chinos, japoneses, franceses, estadounidenses, que desconfían hasta de los rusos que ahora les ayudan. Afortunadamente no me pueden confundir con francesa, inglesa, *tay* (de Estados Unidos) ni mucho menos *lien-xo* porque no aparento ser, de ninguna manera, rusa. En realidad, algunos creen que soy vietnamita porque tengo el pelo largo y lacio, los dientes saltones, me visto como ellas

³ Dong es el nombre de la moneda nacional de Vietnam.

⁴ “Muchas gracias”, en vietnamita.

y si no es cuestión de mucha plática, hasta puedo hablar vietnamita. Cuando digo que soy de México me miran como si viniera de otro planeta. Ríen a carcajadas cuando les hablo en su idioma, repiten todas mis frases y se atacan de risa. —Quiere un gato, quiere un gato —repiten los mercaderes; algunos me acompañan en la búsqueda del gato.

Pero antes de llegar a la sección de gatos atravieso la de perros. No, no me interesa comprar un cachorro, ni uno grande. —¿Y qué tal para hacerlo pastel? —me preguntan. Increíble: ¿comprar un perro para hacerlo pastel? Perros aún cachorros, en diminutas jaulas de bambú, esperan por quien vendrá a sacarlos para lo que pienso es un destino peor: terminar en un plato en una mesa de fiesta. Angustiada veo cómo los pesan y venden por kilo, pero en unidad entera y no como pasa, por ejemplo, con los pollos, de los cuales se puede pedir nada más la pechuga o dos alas o sólo las piernas... El comprador les revisa cada uno de los dientes, examina el pelaje; los ojos pasan un análisis exhaustivo, así como las orejas, por dentro y fuera. Creo que lo menos interesante es observarles la cola... ¿por qué será? Es más, ¡hasta les escuchan la panza! No quiero ni saber cómo los cocinan...

No, a los gatos no los comían ni en tiempos de los emperadores en Hué, ciudad imperial en el centro del país, ni tampoco en la actualidad. —“Porque son sucios” —me dicen llanamente. Pero no les creo, porque ¿ustedes han visto todas las veces que los gatos se limpian y con qué esmero lo hacen? ¿No lo han visto? Pues si tienen un gatito deben observarlo y comprobarán que son muy limpios. En cuanto se despiertan se lavan. Luego de que comen, se lavan. Luego de que hacen sus necesidades, se lavan: no pueden ser sucios. “Algo secreto habrá”, me digo.

Llegamos a la sección de gatos y de inmediato reconozco que he encontrado ¡mi gato! Está junto con otros siameses

en una jaula pero es el primero que se me acerca, olfatea mi dedo, me mira directamente a los ojos, arquea el lomo esperando la caricia y se pone a hacer una serie de ruidos raros... no me lo esperaba.

—¿Está enfermo? —pregunto.

—Ah, no, está muy sano —responde el dueño. Le creo porque el animalito se ve lindo y muy contento, a pesar de sus ruiditos inexplicables. Me lo llevo.

Con mi gato, regreso muy feliz a casa.

—Ah, pero qué tonta, si fuera gata hubiera tenido gatitos que hubieras vendido y serías rica. Ahora no tienes sino a un gato que tendrás que mantener —dicen mis amigas de enfrente.

Eso de que come de todo no es cierto. Este siamés prefiere, definitivamente, el paté, ese que viene en lata. Lo llamo Thang Loi pero mis amigas le dicen Francés, porque le gusta el pan caliente, el paté y la leche tibia.

Le ponen sus vacunas y me siento contenta cuando el veterinario me asegura que es un gatito sano. A pesar de sus ruidos extraños. Mi gato no hace miau miau cuando habla, ni brrrrrrruurrr cuando le acaricio. Hace meo meo meo y algo así como gggggrrrrruuuuuuaaaa.

Me extraña hasta que me doy cuenta: ¡mi gato habla otro idioma! En mi país un gato hace miau miau: maúlla; en Vietnam hace meo meo.

“¡Qué tonta!” me digo, por eso se llama *con meo* y no *con miau*.

HANOI, 1978

El millonario feliz

UN ANCIANO, QUE TENÍA una gran barba, del color de la tierra, vivía en un pueblo donde había más niños que adultos; se ocupaba de entretenerlos y les contaba historias como ésta:

Un día, hace unos cuantos años, llegó una maga a un pueblo que no era de verdad, sino de refugiados. Todos los niños se le acercaron, curiosos, pero con cierto temor porque parecía bruja y así se lo dijeron: —¡Parece bruja, parece bruja! —La maga no se enojó por el comentario sino que les sonrió y les dijo que se sentaran. Los niños obedecieron, sentándose en el suelo polvoriento a falta de sillas, porque la maga les dijo que les iba a contar un cuento.

—Hace muchos años llegó un mago a un pueblo para cumplir los deseos de la gente. A cada niño y niña, a cada hombre y mujer les dijo que les ofrecería dos deseos pero solamente les concedería uno, así que tendrían que escoger entre ser rico o felices.

La maga entonces se quedó mirando a los niños y preguntó:

—¿Qué quieren ser: ricos o felices?

Entre ellos empezaron a reírse, a codearse, a mirarse unos a otros; luego se escuchó, primero quedito y luego fuerte: —rico, con millones, con mucho dinero —y así estuvieron un buen rato, contándose uno al otro, en voz alta, todo lo que comprarían cuando fueran millonarios. La maga los fue viendo uno por uno, de una a otro, escuchándolos, cuando se dio cuenta que un niño estaba callado.

Se le acercó y le volvió a contar casi el mismo cuento: —Un día llegó al pueblo un anciano y le dijo a cada uno de los niños y niñas del pueblo que les iba a conceder un deseo. Fue preguntando a cada uno: ¿qué quieres ser: rico o feliz? Uno tras otro contestó: rico, rico.

Luego la maga le preguntó al niño que no decía nada: —¿Y tú, qué quieres ser: rico o feliz?

El niño la quedó mirando directamente a los ojos y con voz trémula y en susurro, respondió:

—Feliz.

Muchos, muchos años después, cuando todos los niños habían regresado a su propio país, a su pueblo original, la maga fue a visitarlos y se dio cuenta que los deseos se habían cumplido. Aquel niño silencioso se había convertido en un adulto, hombre de bien y de bienes y muy, pero muy feliz. Los otros vivían en la pobreza pues se habían gastado el dinero.

SAN MARCOS DE OCOTEPEQUE, HONDURAS; JULIO DE 1982

El caballito

NO HACE MUCHOS AÑOS, en Pakistán, existía un lugar paradisiaco llamado Herradurías. Aquí —valga decirlo— vivían solamente caballos y yeguas y, por supuesto, sus crías. Entre la caballada en Herradurías había un minúsculo caballo, que no era más grande que el tamaño de la palma de la mano de una niña de cinco años.

No creo que el caballito haya sido muy feliz porque, la verdad, todo el tiempo andaba de caballo a yegua preguntando: ¿Por qué soy tan pequeño?, pero nadie tenía la respuesta o la razón por la que era tan, pero tan diminuto. Todo lo que los habitantes de Herradurías sabían y le decían era: desde que naciste eres chiquito.

Efectivamente, el caballito era enano. Mejor dicho, más enano que el tamaño enano; de hecho, era: más que un caballo enanito, un caballito pulgarcito. Eso sí, con una gran inteligencia —terminó sus cursos de equitación en un tiempo récord— y su cuerpecito estaba muy bien proporcionado, al extremo que en Herradurías se sabía que, si no fuera por su talla, sería el caballo más atractivo del planeta. Es decir, era muy, pero muy guapo.

¿Ya les conté que el caballito era muy generoso? Pues sí, siempre andaba tratando de ser útil, a pesar de que su ayuda era pequeña.

En Herradurías, el sonido de las herraduras al trote de los caballos era pues la música lógica del lugar, pero nuestro caballito se quejaba de que nadie hacía caso a sus pisadas.

Bueno, digamos que mientras que las yeguas y los potros y los caballos iban HOOF HOOF HOOF, las patas del caballito apenas dejaban salir un tímido hoof hoof hoof, lo cual es muy normal, dado su tamaño, ¿verdad que sí?

El caballito no era del todo infeliz. Siempre pudo hacer todo lo que sus congéneres hacían pero, bueno, a la altura de su tamaño. Aprendió, como los otros, a ir a paso, trote o galope. Y a medida que pasaron los años y nadie le pudo decir, ni siquiera su padre o madre, la razón de su talla, pues dejó de preguntar.

Un día llegó al pueblo un circo. Ustedes saben cómo es el circo, ¿verdad? Pues este circo era como el que ustedes conocen. Así, el día de la presentación, los cirqueros anduvieron de calle en calle anunciando el programa, invitando a todo mundo a ir al espectáculo.

Según me contó el caballito, ese día no hubo alma en Herradurías que no estuviera presente en la carpa y se maravillara de los acróbatas, de los leones, monos, elefantes, camellos, caballos, delfines; del trabajo de los domadores, y que se carcajearan de lo lindo con las payasadas de... pues ¡de los payasos!

Con el circo llegó una gitana. Vieja, llena de arrugas en la cara, en los brazos, en las manos, pero sus ojos y su voz eran de una jovencita. Y ¿qué creen? Pues el caballito fue a verla después de la función. La encontró como esperándolo, sentada cerca de una hoguera donde las chispas, al saltar, mostraban las flores multicolores bordadas en su vestido negro; a cada brasa resaltaba un color: rojo, amarillo fuego, violeta, verde... colores brillantes, colores metálicos. Una pañoleta roja cubría su cabello peinado en una larga trenza que le caía sobre su hombro izquierdo.

Y el diminuto caballito le preguntó: —Querida gitana, ¿por qué soy tan pequeño?

La gitana le mantuvo largamente la mirada y, poniendo su mano derecha sobre su corazón le dijo, sin ninguna tristeza: —No lo sé. —Y luego, poniendo su mano izquierda sobre el caballito, añadió:— Lo que sí sé, es cómo hacer para que tengas una talla normal.

La felicidad que las palabras de la gitana hicieron sentir al caballito no puede describirse. Valga decir que saltó sobre la palma de la anciana y brincó y dio vueltas y piruetas sin pausa alguna hasta que la vieja lo detuvo y le preguntó: —¿Quieres saber lo que yo sé?

El minúsculo caballito se puso a escuchar detenidamente.

La gitana le dijo: —Querido caballito, debes ir viajando hasta encontrar un lugar en una playa, frente al mar y próximo a las montañas, donde habrá un pozo. Ahí debes sacar, de su fondo, una piedra color verde esmeralda. Cuando la tengas en posesión, te hará crecer a una talla normal.

En la madrugada del día siguiente, el caballito inició su búsqueda yendo al trote y al galope, de día y de noche, busca que te busca el lugar descrito por la gitana. Como sabía que se encontraba cercano al mar, el caballito se fue primero al mar Árabe —era lo más cerca de su casa—, de ahí al golfo de Siam y al de Tonkín, para luego dirigirse vía el golfo Pérsico hacia el Mar Rojo y el Mar Muerto, después recorrió Costa de Marfil y luego cruzó hacia el Mediterráneo deteniéndose varias veces por las playas de la Costa Azul... tomó un vuelo del Concord desde París a Río de Janeiro y fue desde Tierra del Fuego por América Latina, busca que te busca el lugar que la gitana le había dicho... Comenzó a fatigarse, a entristecerse y a desesperarse por no encontrar el lugar de su búsqueda.

Al llegar a las islas Galápagos, el caballito —que ya andaba bastante cansado después de muchos meses de viajar y asolearse— se quedó bien dormido. Al despertar

de un profundo sueño se encontró en una playa por el golfo de México. Luego de echarle una miradita a los alrededores, ante su gran sorpresa, se dio cuenta que era una playa junto al mar y cercana a las montañas. Inmediatamente sus ojitos dieron con un pozo... bueno, en realidad todo era muy extraño pues el pozo era un hoyo entre la arena.

El caballito se aproximó hasta donde pudo, sin perder el control para no caer directo en el hoyo. Lo que vio lo dejó boquiabierto: allá abajo había un gran oso, negro, que no quitaba su vista de una piedra verde esmeralda que se encontraba en el fondo del pozo.

El caballito como que medio se desanimó. —Aquí estoy, finalmente donde debo estar, pero ¿cómo hago para sacar la piedra sin que me vea el oso? —se dijo. Lo que hizo a continuación fue muy difícil ¿Se imaginan lo duro que es tirar arena en el pozo cuando se es tan pequeñito como la palma de la mano de una niña de cinco años? Nada pasó. Siguió tirando arena hasta que de pronto escuchó algo como un gruñido y luego, nada. El gran oso negro ni se movía ni quitaba la vista de la piedra. Y ahí siguió el caballito, tira y tira arena. De repente, escuchó al osón exclamar: —¿Arena en mi pozo? Las palabras del oso le dieron fuerza y el caballito, armándose de valor, atinó a empujar una gran cantidad de arena que cayó, enhorabuena, entre la comida del mamífero. Por supuesto que se enojó, medio se incorporó y atisbó por el borde del pozo pero no vio a nadie, pues el caballito se escondió entre la arena.

El caballito siguió con el trabajo, pesadísimo, de ir tirando más y más arena en el pozo hasta que el osazo ya no pudo más y salió del pozo para ver qué estaba pasando, ya que toda esa arena, sin nadie allá afuera, estaba resultando algo bastante extraño. El caballito, cuando tuvo al

oso fuera, casi cae de miedo al ver el tamaño porque era, de verdad, un GRAN oso negro.

El centinela de la piedra verde esmeralda se fue directo a la montaña, pues para ese entonces se había convenido que la persona que le estaba tirando arena al fondo del pozo se escondía, de seguro, atrás de un árbol; le iba a dar su merecido.

Tan pronto como el oso había dado unas cuantas pisadas, el caballito saltó al fondo del pozo en dirección a la piedra. Pero antes, mucho antes de que llegara a tocarla, el caballito comenzó a crecer y a crecer y a crecer. Se miró a sí mismo y se dio cuenta que su tamaño, ahora, era el de un caballo normal y comenzó a temblar de miedo: con esta talla ¿cómo podría salir del pozo, esconderse, hacerse invisible ante el oso? —Me comerá entero —se dijo atemorizado.

Pero ¿qué creen? Cuando el osazo regresó a su pozo, bien enfadado pues no encontró a quién echarle la culpa de la arena, y se encontró con el caballo que tenía entre sus patas la piedra verde esmeralda, entonces el oso empezó a hacerse chico, chiquito, hasta que en unos segundos su tamaño no era mayor que el de un osito de peluche, de esos que les encantan a los niños.

Lo increíble para el caballo fue que el ahora osito se mostró con una felicidad inimaginable; se puso a saltar sobre la pata del caballo, dándole besitos y abrazándole.

Cuando pudo mantenerse quieto, con una vocecita de niño pequeño le contó al caballo: —Cuando era un oseño, mi madre me trajo aquí y me pidió vigilar la piedra verde esmeralda hasta que un caballito viniera a recuperarla. Durante años y años no he hecho más que esperar tu llegada; mientras, crecía y crecía. ¡Ahora que tengo mi talla normal, podré ir a donde quiera! —exclamó jubiloso.

Se abrazaron muy contentos y, mientras el osito se fue a bañar al mar, el caballo inició su galope de regreso a Pakistán.

En Herradurías fue recibido como un héroe, por valiente y por guapo. Tuvo una talla normal pero nunca tuvo otro nombre, pues en Herradurías decidieron seguir llamándole caballito.

¿Saben lo primero que hizo cuando regresó a su pueblo? Se fue a bailar khattak a Lok Virsal.

Ahí lo encontré un día de mayo, danzando, con casca- beles en las patas; su piel color hena natural era brillante. Su crin, trenzada. Sus ojos, de un color canela profundo, acentuados con el negro del koyal. Su cuerpo, vestido de cintas multicolores, con cientos de espejitos. Su cola, al aire libre. Un tablador y un trompetista, tocan música sólo para el caballito.

Baila maravillosamente bien, solo. Es la danza Pavo Real, la clásica del khattak. No olvidaré el sonido de los casca- beles cuando se detiene sobre cada una de sus patas. En algunos movimientos, extiende su cuerpo hacia el aire sosteniéndose con las patas traseras. Son gestos exquisitos, como cuando mueve el cuello para el paso de la serpiente; va de un lugar a otro, en círculos, baila y baila al son de tak tak, taka taka tak, tak tak. Su cola, de pelos rojizos, se mueve de arriba abajo, de derecha a izquierda, con elegancia. Gestos apenas perceptibles de su mandíbula urgen a los músicos a tocar más y más... Viéndole bailar, se le piensa humano.

Cuando tengas la oportunidad de encontrarlo, podrás reconocerlo porque siempre trae la piedra verde esmeralda colgada alrededor del cuello.

El 59

NO ERAN MUCHOS BORREGUITOS pero todos eran lindos. Ni uno negro, todos blancos. Chiquitos y la mayoría rechonchos. La verdad no los oí berrear, quizá porque todos estaban concentrados comiendo hierba. Cabecitas y cuerpecitos colochos, patitas derechas, hociquitos alargados come que come.

¡Ah! De eso sí que me di cuenta: todos tenían números pintados al estilo graffiti, en rojo, a la altura del lomo. Para divertir a mis hijos, los leí en voz alta:

46 come y come; 19 —es rechoncho— mastica, y 15 come sin dejar comer a 54, 58, 24, 90 y 60. A la sombra de un árbol pastan 17, 91, 78, 70, 48 y, cuerpo a cuerpo, 72 y 76 (¿serán gemelos?) mientras que no muy lejos, al lado de un tronco caído, se encuentran 92, 57, 47 y 53 también comiendo pero 45, 55, 74, 18, 52 y 56 están echados... a lo mejor ya han satisfecho su hambre de la hora. 49, 87, 30, 83, 85, 51, 34, 64, 65, 63 y 62 estaban bastante lejos del grupo, no sé si eran de otra borregada (¿será que no eran de la misma clase?). 40, 61, 38, 50, 23, 26, 42, 21, 59, 43, 22, 89 y 81 se distinguían porque tenían una placa metálica, en color verde, en la oreja derecha pero también comían al tiempo que 37, 32, 39 y 25 miraban a todos los demás pero no estaban masticando ni tenían la cabeza en la hierba.

La llegada a Wiston Park no fue fácil. Luego de horas en el tráfico costero inglés localizamos la región del Sussex y de ahí, el camino marcado en el mapa enviado por la organización que había invitado a Daddy a dictar una

conferencia en una reunión parlamentaria. El letrero con el nombre del lugar se encontraba del lado izquierdo del camino, así es que nos pasamos; regresamos los escasos metros y entramos al lugar boscoso. No lo esperábamos, pero en realidad no era camino sino vereda de terracería que se internaba entre el campo, pasando por encima de un río. Era el atardecer y no había certeza de si estábamos en el lugar correcto para llegar a la Wiston House, sede de la reunión.

Fue entonces cuando vimos a los animalitos, tan simpáticos. Una cincuentena.

La Wiston House apareció poco después. Una impresionante construcción de inicios del siglo XIV, con lujo de piedra y madera en salas y salones construidos alrededor de 1576. Ahí dejamos a Daddy exactamente a la hora en que los ingleses toman té: cinco de la tarde.

La mañana siguiente amaneció muy temprano porque los tres niños ya tenían hambre y querían ir de aventura: escalar la colina para llegar a las ruinas de un castillo cercano, antes de regresar a Wiston House para recoger a Daddy.

La entrada a Wiston Park fue más simple que el día anterior porque ya sabíamos el caminito. El enorme portón seguía abierto y ahí vamos, a la terracería, recorriendo el trazado que se internaba en el bosque hasta llegar al campo y los cultivos, bordeando el río, pasando por encima de los troncos que hacían de puente y ahí, de nuevo, divisamos la borregada.

—¡Ah, qué dicha la de los borregos! —dije en voz alta para atraer la atención de los dos niños y la niña. Y continúe—, ahí están, tranquilos, de seguro que bien bañados. Ya desayunaron porque como es casi mediodía están tomando una siesta. —Efectivamente, la borregada estaba echada a la sombra de un gran árbol. Los niños

sin embargo no me hacían caso. Por el retrovisor me di cuenta que estaban concentrados en contar borreguitos.

Mi hijo, el de en medio, súbitamente exclamó:

—Nada, el 59 no está.

Junto con el mayor, fueron de borrego en borrego: 17, 45, 46, 15, 72, 18, 78, 49. —Allá están 60, 64, 48, 39, 56, 62 y 47 —añadió el de en medio.

Los dos en alta voz descubren a 57, 54, 58, 43, 61, 74 y a 32. La chiquita pide a los hermanos: —¿Y el 59? ¿El 59 no está?

—Espera —responden, mientras el mayor continúa—: El 63 está allá, solito. 70, 19, 22, 65, 76, 30, 55, 92, 37 y 85 están juntos. 34, 26, 91, 52, 38, 51, 53, 40, 42 y 90 también. Cuentan a los últimos: 25, 50, 87, 18, 24, 21, 83 y 23... —Y, el 59 ¿dónde está? —pide la niña.

—¡Sshhhh! —exigen los varoncitos. Y me piden—: Mami, para el carro.

Mecánicamente obedezco porque el tono de las voces denota preocupación. Me volteó a preguntarles qué pasa.

—El 59 no está —afirman, categóricos.

Veo la hora. Estamos adelantados a la cita, así es que decido darle a los niños un descanso, pues han pasado casi una hora en el vehículo, viendo pasar el paisaje desde las ventanillas de la camioneta; les sugiero descender, prestar atención, no acercarse mucho a los borregos y buscar a 59. Lo hacen.

No van muy lejos y, como quien juega a la gallinita ciega, van diciendo: 17, 45, 46, 15, 72, 18, 78, 49. Siguen con 60, 64, 48, 39, 56, 62 y 47. Añaden a 57, 54, 58, 43, 61, 74 y a 32. Continúan: 63, 70, 19, 22, 65, 76, 30, 55, 92, 37 y 85. Le suman a 34, 26, 91, 52, 38, 51, 53, 40, 42 y 90 y luego citan a los últimos: 25, 50, 87, 18, 24, 21, 83 y 23...

—Nada, 59 no está —concluyen.

Encuentran el río, apenas un filito acuático. Se descalzan y se ponen a jugar, pies en agua. Brincan sobre los troncos y esquivan las piedras. Risas por aquí, risas por allá, olvidados de 59.

Ve el reloj y los apresuro:

—Daddy nos espera ya. Vamos.

Subimos al carro y unos dos minutos después estamos frente a la entrada de Wiston House. Daddy está esperándonos acompañado de varios señores —digamos caballeros, para ir con el estilo del lugar que nos hace remontar a siglos pasados— y nos recibe muy contento mientras nos va presentado uno a uno a cada caballero, que de Irlanda, Italia, Francia, que de Etiopía, Egipto, de Suiza, Tanzania, al inglés que ha organizado el encuentro... Nos despedimos.

Esa noche, cansados de una tarde de visitas a la Universidad de Bristol, al pueblo tan lindo con la iglesia y la plaza, con el cafecito en lo alto del puerto donde tomamos el té de las cinco acompañados de bizcochos scones rellenos de crema y mermelada, entramos en conversación familiar mientras esperamos la cena.

—Daddy, Daddy, ¿qué hiciste ayer, qué cenaste, qué dijiste, te aplaudieron...? —preguntan los niños, mientras la pequeña le acaricia la barba.

El Daddy cuenta de su conferencia, de las preguntas que los caballeros le hicieron, de sus respuestas, de las veces en que contó uno que otro chiste para hacerlos relajar... Cuenta del cuarto que le tocó, según el administrador de Wiston House “el más bonito” porque conserva los andamios en el techo y desde su ventana se distingue claramente la iglesia gótica dedicada a santa María. —¿Y la cama, la cama?, —piden los hijos. —¡Ah, la cama! Estrecha, tan blanda como si fuera espuma de mar y la almohada, apenas una pluma de codorniz... —Los niños ríen.

Cuenta Daddy que luego de las conferencias tuvieron un descanso y después se juntaron para una cena de honor. Mesas redondas vestidas de elegantes manteles, adornadas con floreros multicolores; dos meseros para cada mesa se ocuparon de servir la cena y recoger platos, cubiertos, copas y vasos... todo muy elegante.

La cena; exquisita, exclama Daddy y nos cuenta que hubo panecitos y mantequilla en sus propios platitos. Vinos reservados de la cava especial de Wiston House, agua mineral sin gas. De entrada: hígado de pato en sal marina y mermelada de arándanos, acompañada de ensalada; le siguió una crema de tomate y de plato fuerte sirvieron papas refritas en salsa inglesa, tomates al horno y vegetales al vapor acompañando un lomo de borrego...

—¡Daddy, Daddy te comiste a 59! —exclamaron, al unísono, sus tres hijos.

BRISTOL, INGLATERRA; 1998

Mi casa es tu casa

EL SEÑOR PREMIO NOBEL de Economía llegó de visita a la casa de su amigo en Calcuta, una ciudad superpoblada en India, un país que es el segundo más poblado del planeta después de China.

La entrada a la casa del amigo tiene un enorme portón metálico; a la derecha se encuentra una gran campana que el señor Premio Nobel de Economía suena para hacer varios llamados a que le abran las puertas de la amistad.

La campana suena y suena. Nadie responde.

El señor Premio Nobel de Economía vuelve a repicar la campana, una y otra vez. Se extraña que nadie atienda aún su llamado porque, en realidad, está invitado a una cena.

Frente al gran portón espera impaciente. De pronto escucha pasos apresurados y, ante su sorpresa, una pequeña —como es experto en cuestiones matemáticas, el señor Premio Nobel le calcula no más de tres años de edad— abre la puerta toda excitada, porque ha llegado corriendo a toda prisa, según lo reflejan su carita acalorada y su respiración agitada.

El señor Premio Nobel de Economía, sonriendo, decide ser simpático con la pequeña y le pregunta:

—¿Cómo te llamas?

—No, no, no —respondió la pequeña de inmediato—, esta es nuestra casa, así que tú tienes que decirme, primero, cuál es tu nombre.

Cierto que en India, como en México, las reglas sociales apropiadas son similares y que el dicho “mi casa es tu casa” es sincero... ¡siempre y cuando el que llega de visita se anuncie primero.

GINEBRA, SUIZA; JUNIO DE 1999

La conquista de Anu

Al Gabo

En el preciso momento en que Anu se paró, frente a frente, ante la inmensidad arenosa del Gobi, recordó que en Ulán Bator la llaman temeraria y decidió aceptar, finalmente a los 15 años, el adjetivo.

—¿A qué hora se me ocurrió atravesar el desierto para ir al otro extremo de Mongolia? —se dijo, aunque sabiendo a ciencia cierta que el otro extremo de su país hacia el sur, desde mediados del siglo XVII pertenece al país vecino, China.

Su reto era temerario, por lo que Anu decidió ofrecer a sus dioses la danza Tsam Geser, cubriéndose la cara con una máscara de Lash Khan, el venerado patrón de las artes, que había hecho en papel maché. “Simple ofrenda para pedirles su bendición”, pensó.

Luego levantó un ovoo. Apilando piedras, pedazos de vidrio, arena, ramas y restos de troncos, botes de refrescos embotellados y telas que encontró alrededor, construyó la pira religiosa con la que honraba el inicio de su odisea y, al terminar, colocó encima una mascada en seda azul turquesa y dio las tres vueltas requeridas en budismo, siempre de izquierda a derecha.

Volteó mirando hacia la capital de la provincia de Kenthii y, en voz alta, exclamó ¡bayartai!, su adiós a las montañas antes de adentrarse en los terrenos misteriosos de los animales y la flora, de las dunas, oasis, espejismos y arenas del gran Gobi.

Lleva una docena de *khuurshuur* (pastelillos de carne) pero, si hubiese tenido más años, podría haber cargado con unas cuantas botellas de *arkhi*, el vodka que dicen que ayuda a soportar el frío de las noches desérticas, pero como es menor de edad solamente pudo llevar dos bolsas con aimarg, la leche agria de yegua que le dieron sus padres allá en Ulán Bator. Sí llevaba unos miles de *togrogs* por aquello de que tuviera una necesidad económica en su aventura, así como su ger en fieltro, desmontable, donde dormiría las cinco noches que había calculado pasar en el desierto; agua y sal, sobre todo para su dromedario.

Cruzar el desierto de Gobi era un decir; Anu quería atravesar 612 mil kilometros cuadrados, de un punto a otro de esta vasta extensión. Escogió su propia ruta: de Dornogov a Omnogov pasando por Dundgov, porque así atravesaría, cuando menos, tres de las cinco aimags o provincias de su país cubiertas de desierto, todas al sur y fronteras con China. No vería, pues, los famosos leopardos de nieve que solamente aparecen en Gobi Altai ni al extraño oso gobi en Bayan Khongor. —No importa —dijo— con suerte encontraré un esqueleto, completo, de dinosaurio, entre los arbustos warbler que crecen por aquí.

Iría a pie —decidió— y no llevaría consigo a Ailan, su caballo de raza tahki, sino a Kolman, su dromedario *khavtgai*, reconocido por ser originario del desierto de Gobi. —Preferible ir a 5 kilómetros por hora pero a buen paso y con quien cargue las cosas, como hacen los khalkh —se dijo la pequeña, convencida de haber tomado la mejor decisión—. Estos dromedarios son leeeennnttttoooooos pero FUERTES: ¡pueden cargar hasta 250 kilos!

Ir de Mongolia Exterior a Mongolia Interior —frontera con China—, cruzando el desierto de Gobi y sus innumerables estupas y estepas, era un sueño de niña para Anu,

quien deseaba ser como el emblema de la bandera nacional: un jinete en plena contienda a caballo hacia el sol.

Pudo haber hecho el trayecto en tren pero, entonces, qué chiste, ¿no?

PRIMER INTENTO. PRIMERO

“Aquí estamos”, sentenció. “A comenzar”. Lo cierto es que el inicio de su travesía era incómodo. ¡Hacia un calor de 45 grados! Y el sol, brillando como una flama, no ayudaba. Anu, vestida tal y como se debe para la circunstancia, sudaba a chorros, con su del, larga túnica café y amarilla forrada en lana de Cachemira, su loovuuz cubriéndole la cabeza y sus gutuls, rústicas botas, eran lo más caliente que se podía uno imaginar a esa temprana hora de las 5:30 de la mañana de un día de octubre.

“Ahora hace calor, después será mucho más fuerte, pero en la noche puede ser hasta de menos 30 grados”, pensó y titiritó nada más de imaginar ese frío del desierto. “Afortunadamente en verano no hay tormentas de arena”, se consoló.

Kolman, echado en tierra, miraba detenidamente las acciones de la jovencita pero, a la orden de echar a andar, no se inmutó. Continuó tan echado como antes. Anu, poniéndose sal en la palma de la mano, se le acercó y se la dio a lamer. El dromedario gruñó un bayarllaa —gracias—, pero siguió en las mismas, sin moverse un centímetro.

Anu lo pensó dos veces y decidió echar a andar sola. “Cuando vea que me voy, me seguirá”, se dijo, poniéndose inmediatamente en acción. Caminó y caminó, digamos que como varias cuerdas, viendo a la izquierda: arena. Viendo a la derecha: arena. “Es muy pronto para encontrarse

un arbusto y muy lejos para un oasis”, pensó, mientras siguió su marcha. De pronto, se detuvo justo cuando recordó que, según su plan, Kolman vendría con ella. Volteó y no vio ni la silueta del dromedario. (Claro, en primera, había caminado derecho, aunque en realidad no iba derecho ni de chiste, más bien caminó como en un laberinto y, en segunda, el dromedario decidió no ir conforme al plan de la niña y prefirió tomar la ruta de regreso a casa.)

—¡Kolman, eso no se vale —le gritó a su dromedario, que estaba lejos para escucharla o para verla.

Anu se puso a desandar su recorrido de unas cuatro horas en el desierto, con un sol en pleno caminó hacia su cenit, a veces corriendo, en otros momentos, cansada, a paso lento, para recuperar a su camello. Tiempo después del mediodía logró darle alcance, lo agarró de la rienda, lo detuvo en seco. El animal la miró y se echó a tierra —digo, a arena—; primero dobló las dos patas delanteras, al extremo que si la carga entre sus gibas no hubiese estado bien amarrada, hubiese caído a tierra —digo, a la arena— y luego, mientras la carga hacía lujo de acrobacia, dobló las dos patas traseras y chazzz, todo él estuvo a ras de suelo.

Anu consideró la situación. Según su horario mental, ya era casi la hora de la comida, uno de los actos más importantes del día, sobre todo porque con la excitación de iniciar su proeza había menospreciado la hora del desayuno. “Comeré bien, porque la cena será ligera”, pensó. Ni tarda ni perezosa sacó un par de bultos de la carga en el dromedario, extendió un tapete, se quitó el loovuuz y las gutuls y se dispuso a beber airmag y a mascar carne seca de yak hasta saciarse. Su dromedario la miraba. La chiquilla, satisfecha su hambre, recogió el resto de la comida y sintió, repentinamente, que estaba sumamente fatigada. “Es el calor”. Con una mirada a su alrededor comprobó

que ella y el dromedario estaban en completa soledad y, sin pensarlo dos veces, se acostó a echarse una siesta.

No despertó sino a la fuerza, cuando dos *khalkh* la removieron del sueño para preguntarle pormenores de su extraña presencia en el desierto y, luego de escuchar su relato, decidieron llevarla a Tsomog, ciudad no muy lejos, “para que pase la noche y comience, mañana, su aventura”.

SEGUNDO INTENTO. SEGUNDO

Anu durmió bien esa noche, protegida en su ger, mientras que Kolman permaneció afuera de esta casa de fieltro que aísla del aire, del sol, de la lluvia y nieve.

Despertó porque tenía hambre. Se imaginó que serían como las cuatro de la mañana. Se puso a masticar carne seca de borrego (como la pequeñita tenía gran cariño por su camello y su caballo, nunca había querido comer carne de estos animales) y bebió bastante leche agria.

Luego de lavarse y darle de comer a Kolman, Anu pensó que ya era tiempo de comenzar el cruce del desierto. Agradeció a los *khalkh* que le hubieran permitido pasar la noche en su pueblo e inició, con el ánimo sereno, su camino hacia el Gobi.

Se encuentra, precisamente, en el mismo punto del día anterior. Es la misma hora: 5:30 de la mañana. Mira, emocionada, su *ovoo*. Regresa hacia su dromedario y de una de las bolsas en la carga saca una tanka budista, pintura religiosa ante la cual hace sus ofrendas del día y se encomienda para cumplir, con éxito, su ansiado plan.

Antes de iniciar este segundo intento de cruzar el Gobi, Anu declama en alta voz algunos de los 29 versos del poema “Mi país nativo” y después se pone a caminar.

Camina y camina. Piensa en sus clases de historia donde

aprendió de las proezas de Gengis Kan, conocido en el siglo XIII como rey universal pues llegó a poseer, incluso por la fuerza, el imperio más extenso conocido en esos tiempos, al que dominó hasta con violencia; “así son las conquistas”, reflexionó la pequeña.

“De aquellas conquistas, lo que permanece inalterable es que Mongolia es el país que tiene, en el mundo, el cielo más azul y aparenta estar al alcance de la mano, donde el aire es respirable y 260 de los 365 días del año brilla el sol y no llueve”, continuó pensando.

Sonríe cuando ve a su dromedario que la sigue, dócil. Para alejar el tedio, Anu canta, recordando la historia de las dunas melódicas que le contó su abuela una noche de invierno.

Mira hacia el sol brillante y ve chispas. Cae de rodillas sobre la arena que siente a alta temperatura a pesar de lo grueso de su del. Se siente desfallecida, pero aún recuerda que los mayores dicen que pensando en cosas frescas es posible olvidarse de calores de más de 45 grados. Anu trata de visualizar en su mente algo fresco: su memoria le trae el mar, esa inmensidad acuática que hasta entonces no conoce de verdad, pero que ha visto en libros y fotografías porque su país no tiene mar, ya que al norte colinda con Rusia, al sur, este y oeste con China.

Mar azul como el cielo de Mongolia, con crestas de espuma blanca, como los picos nevados de su país; mar de agua fresca como la del río Tuul que atraviesa Ulán Bator, la ciudad capital con cuyo nombre se honra al héroe rojo, mar fresco que comienza o termina en playas de arena clara y caliente... y se mira a sí misma, arrastrándose por una playa hirviente rumbo al mar, a donde se acerca, poco a poco, hasta que extendiendo el brazo logra sumergir su mano derecha en las aguas que, de tan hirvientes, le

quemán... La sensación tan real de la quemadura la repone del ensueño y vuelve a la realidad. —Ufff, qué espejismo, estoy a punto de tener una insolación —dice.

En verdad que la pequeña es muy fuerte. La chiquilla fue campeona, a los siete años, de la carrera de caballos en el festival Neyrin Naadam. Con este festival se inician las vacaciones y tiene tres competencias: la de lucha, arquería y la carrera de caballos, las que atraen a grandes y chicos desde el siglo XIII, como narró Marco Polo en la descripción de sus viajes o como se cuenta en la *Historia secreta mogol*.

No, no son ni jóvenes ni adultos los que se lanzan a la desenfadada carrera de apenas un urton —algo así como 30 kilómetros— sino niños y niñas de entre cuatro y siete años de edad, porque, como son pequeños, pueden fácilmente ser transportados como aire por los famosos caballos mongoles, anchos de cuerpo y cortos de patas, los tahki, el orgullo del país y del que existen no menos de 2 millones 600 mil ejemplares. No crean que los niños tienen miedo, pues aprenden a cabalgar antes de caminar ¡en verdad! Y los caballos, del tamaño de un poni, no son mayores de dos años.

Son casi las tres de la tarde cuando Anu reviene de otro espejismo: es la época del Naadam y ella, en hombre, es uno de los dos finalistas de la competencia de lucha libre. Pero su contrincante es un oso mazalai, enorme, de vientre mucho más ancho y de hocico que da miedo, que se transforma en marmota tarbagan cuando la chica lo tiene acorralado y que, al rendirse ante ella, es un antílope de cola negra. Sonríe cuando piensa “tuve miedo pero le gané”.

Lo que no ha ganado es el cruce del desierto. Anu y su camello se encuentran de nuevo en Tsomog, donde los trasladaron unos nómadas cuando encontraron a la pequeña, desfallecida, en el desierto, resguardada por Kolman, quien

la protegía de una inesperada tormenta de arena, en pleno verano. “No cabe duda que el medio ambiente está cambiando”, se dijo.

“Es increíble que no pueda cumplir mi deseo de año nuevo”, pensó, enojada, la jovencita. Efectivamente, cuando el año pasado llegó a su fin y estaba en vísperas de tsagaan sar (llamado mes blanco porque tiene luna nueva) Anu se puso a valorar cuál de todos sus deseos sería el favorito, para pedir únicamente ése: el cruce del Gobi.

TERCER INTENTO. ÚLTIMO

A las 5:30 de la mañana del tercer día frente al inicio de su cruce del Gobi, Anu está un poquitín desesperada. Es la tercera vez que lo intenta, las dos ocasiones anteriores ha sido inalcanzable. “Otra vez desanduve el camino”, pensó compungida al recordar el día anterior. Haciendo cuentas, descubrió que en ese ir y venir durante los dos días precedentes habría recorrido ya la mitad del trayecto, pero sin llegar sino al inicio de la ruta. Tres veces.

Anu echó una larga mirada a su ovoo decidiendo, nuevamente, cumplir con el rito de las tres vueltas pero esta vez, a su término, en lugar de pedir la buena suerte hizo lo que durante muchas veces había visto hacer a los adultos: ofrecer un brindis. Como es apenas una chiquilla, no puede ni quiere tomar alcohol; tampoco trae arkhi así que lo reemplaza con airag. Se sirve un poquito en un vaso, lo sostiene con la mano izquierda mientras introduce el anular de la derecha dentro del líquido lechoso; al sacarlo lanza gotas hacia el cielo y hacia la tierra, siempre profiriendo los nombres de la creencia budista.

Cuando terminó su brindis, Anu se sintió contenta.

“Debe haber una fórmula mágica para cruzar el Gobi”, pensó. Después de mucho recapitular tomó una decisión. “La última”, aseguró para ella misma.

Calmadamente retiró del camello la carga restante. Por fortuna no era mucho: el ger estaba arruinado por la tormenta de arena; de los alimentos que aún quedaban, pocos eran digeribles. Hizo con todos estos restos un ovoo, curiosamente a menos de un metro del montículo que primeramente había levantado hacía dos mañanas. Lo utilizable lo metió dentro de un saco y, dirigiéndose a su dromedario, dijo: —Kolman vamos —y ambos continuaron su jornada.

En silencio, con su dromedario al lado, tomó la rienda como entrelazando sus manos. Caminó y caminaron. No se detuvo en la frontera de Dornogov con Dunggor ni tampoco hizo una pausa sino hasta llegar y escalar el Dergerkhangai Uul, el pico más alto de esta provincia, aunque apenas tiene 1 913 metros. Desde ahí, Anu oteó el horizonte, levantó la vista al cielo más azul del mundo, respiró profundo con los brazos en alto como tratando de tocar el techo del mundo que se veía tan cerca, bajó la mirada y, súbitamente, se concentró en algo.

Descendió ágilmente y, al llegar al pie de la montaña donde esperaba Kolman, bajó la bolsa de las provisiones. La airmag restante, se la bebió de un solo trago. La carne seca que le quedaba sin arena, la dividió en dos porciones —una para la comida, la segunda para la cena— y las colocó en los bolsillos interiores de su del. Le dio un gran beso al dromedario, le ordenó quedarse y partió sola.

Anu hizo con sus manos un visillo para cubrirse los ojos del sol; algo miró en el horizonte y echó a correr.

El itinerario seguido fue una locura.

Anu decidió, desde la punta del cerro, que la fórmula

mágica para cruzar el Gobi era siguiendo la ruta de las nubes. Fueron las sombras de éstas sobre el desierto las que, caprichosamente, la llevaron al otro extremo de Mongolia. Cuando la niña creía que la sombra la desviaba, simplemente se detenía, esperaba por una nueva nube hasta localizar la sombra en la dirección correcta y corría hacia ella.

Llegó a Omnogov, frontera entre las dos Mongolias, cuando el sol se ponía en el horizonte.

ULÁN BATOR, MONGOLIA; JULIO DE 2001

Elefante berrinchudo

A PLAI RUNGRUENG NO le gustó para nada que le tomaran el pelo... Había visto, con sus propios ojos, que su mahout⁵ había vendido a la señora tres varas de caña de azúcar y ella, en vez de dárselas, comenzó a moverlas de un lado a otro frente a la trompa del paquidermo; como que se las daba pero luego las retiraba, así lo hizo varias veces. Finalmente la señora le dio una caña —que el elefante devoró de un solo bocado— y luego se dio la vuelta y se alejó sin darle las otras dos.

El enorme elefante se puso furioso cuando vio que la señora se subió a un tuk tuk⁶ y se fue. Sin que el mahout pudiera controlarlo, movió la trompa aquí y allá y ¡jaz!, acabó de una trompada con el puesto de frutas y legumbres en la calle de Sam Sen.

Yo lo vi, estaba con mi mamá justamente comprando verduras; el elefante se veía enojado, furioso, desconsolado, decepcionado, frustrado... Lo sé porque aleteaba con fuerza sus grandes orejas y su trompa se alzaba amenazante.

Pero como los elefantes no hablan, no pudo decirle a su guardián qué le pasaba.

Al ver semejante animal de unos 3 000 kilos de peso, de casi tres metros de altura, y con unos colmillos de marfil de más de un metro de largo, haciendo la mayor pataleta

⁵ Guardián, en tailandés.

⁶ Taxi, hecho de una motocicleta con una góndola para los pasajeros.

del día, nos asustamos, un poco pero alejados nos quedamos viendo qué pasaba.

De repente, en un momento preciso, mientras el vendedor recogía sus productos desperdigados por el suelo con la ayuda del guardián del elefante, el mamut se volteó y con una agilidad sorprendente se fue en estampida por la calle, corriendo puum pumm pamm pamm... Con sus patotas tocaba el asfalto, pamm pum pum retumbaban sus pisadas.

Le pedí permiso a mi mamá y salí corriendo, siguiendo al elefante por toda la avenida de Rama VI donde la gente, aterrorizada, veía al paquidermo ir desenfrenado, golpeando con la trompa los carros, los autobuses, es cogiendo los tuk tuks para darles de trompadas; echaba resoplidos como si fuera dragón y no elefante, levantaba las patotas y ¡chaz!, pegaban en el suelo y ahí iba, corre que te corre.

De repente lo entendí: ¡el elefantote iba buscando a la señora de las cañas, que se había metido en un tuk tuk de colores brillantes!

El tráfico en Bangkok es caótico. Hay tantos carros y autobuses y camiones y motonetas y bicicletas... Además hay todo tipo de transporte inventado para servir de puesto ambulante de comida; por si fuera poco, también hay elefantes que quieren pasar como si fueran carros; nosotros no nos asombramos, pero los extranjeros se quedan boquiabiertos cuando ven este espectáculo; pueden imaginarse entonces que, cuando un elefante va en estampida, el desorden es total.

Al llegar al cruce de Urupong, el elefante alborotado no supo qué hacer; es normal, aquí hay cinco caminos entre los que se tiene qué escoger y, para aumentar el desconcierto del paquidermo, donde quiera había tuk tuks. Esta

pausa imprevista del animal permitió que su mahout lo alcanzara; de un brinco volvió a treparse en el lomo justo cuando aquél decidió retomar la carrera por la calle de Rama I (yo creo que este elefante es literato, pues nada más escoge las calles con nombres de emperadores) y con la fuerza del movimiento el pobre guardián cayó a tierra, en medio de gritos de la gente a su alrededor.

Le di la mano para ayudarlo a levantarse y emprendimos la carrera tras el elefante.

En Tailandia hay más de tres mil elefantes domesticados; es decir, que tienen un cuidador, el mahout, que se ocupa del animal; sirven para tareas pesadas como levantar árboles, transportar carga, derrumbar muros y hasta para hacer payasadas en los circos; pero ahora hay muchos, muchos elefantes desempleados porque las leyes de protección ecológica prohíben la tala de árboles, faena en la que se especializan los paquidermos.

Mientras corremos tras su elefante, el mahout me cuenta que se llama Khamphon Noithanom y su elefante Plai Rungrueng; vienen de Surín, una provincia al noroeste de Tailandia, a unos 500 kilómetros de Bangkok, que es pobre, pobre, tan pobre que a veces la gente no tiene con qué alimentarse, mucho menos tiene para alimentar a un paquidermo. ¿Se dan cuenta? Si el elefante pesa 250 kilos, necesita cuando menos 25 kilos de comida diaria. Por eso ahora se trae a los elefantes a las grandes ciudades para que mendiguen el pan de cada día. Al escucharlo el corazón me duele. Hay como 50 viejos paquidermos callejeros en Bangkok... ¿Se dan cuenta? No solamente hay niños de la calle sino también ¡elefantes de la calle!

Su elefante tiene 21 años y él 32. Tienen tres semanas ya en la ciudad pero no les ha ido bien pues, con tantos elefantes que deambulan por aquí y por allá, la competencia

por la comida es muy dura; o a lo mejor les tocó una zona mala, pues por la calle de Sam Sen no hay gente de dinero: muchos son trabajadores que apenas tienen para lo que necesitan comer en el día. Por aquí no pasan muchos turistas, que son a quienes más les gusta comprar comida para los elefantes o pagar para tomarse fotos con ellos. Y con la mala pata de encontrarse con personas como esa señora, que se quedó con dos de las tres varas de caña que supuestamente eran para el elefante.

Pues sí, así es. El mahout compra, por ejemplo, dos bananas por cinco baths⁷ y las revende por 20 baths a quien quiera darle de comer al elefante; así se alimenta el paquidermo y el mahout gana dinero para llevarse de regreso a Surín. El elefante lo sabe, pues ha visto el negocio por años y años. La caña cuesta más pero es más succulenta para el animal y, como tarda más tiempo en masticarse, se puede jugar con el estómago, como que si fuera mucha comida.

Yo creía que el elefante era berrinchudo, pero no: el elefante está hambriento. Y anda buscando a la persona que se llevó su comida. El mahout me contó que, hace un par de años, una prima de su elefante llegó muriéndose de hambre a la ciudad; se tragó un saco de arroz de 50 kilos y se bebió un tanque de 200 litros de agua. ¿Cómo no iba a morir de indigestión?

En eso estamos cuando encontramos al elefante en medio de la cancha de fut en el estadio nacional; su trompa en alto, los colmillos que dan miedo. Grrrruuufffff grrrruuufffff lo oímos resoplar. Y luego, otra vez se lanza en estampida; cuando nos damos cuenta vemos que está a punto de alcanzar a un tuk tuk amarillo huevo que circula por la callecita Phya Thai y de pronto se detiene, su vista clavada

en otro interés: el centro comercial Mahboonkrong. ¡A lo mejor quiere ir de compras!

Pero no, agarra al tuk tuk a trompadas, el carrito-motocicleta se vuelca y con dificultades sale una señora gritando aterrorizada, desesperada, pidiendo ayuda, llamando a la policía, vociferando al mahout que no cuida a su elefante, que el animal es un monstruo; la policía que se encuentra frente al centro comercial acude presurosa al auxilio de la persona cuando, mirándola bien, empieza a gritar: —es ella, es ella —y la arresta de inmediato.

¿Quién es ella? Ah, las historias. Ella es Piraporn Chuenban, la ladrona de diamantes más famosa del país. Hace unos días logró robarse en la feria de Bol un diamante oval de 2.98 carats valuado en 790 mil baths; la policía —que ahora la pudo identificar a pesar de que se cambió de nombre 11 veces pero no pudo cambiarse de cara— la andaba buscando desesperadamente desde 1997, cuando cometió su primer atraco en una joyería chic de la ciudad: un anillo con un diamante valuado en 90 mil baths. En 1999 robó otro, pequeño, de 45 mil baths y ese mismo año logró un robo espectacular en la joyería Cartier: un anillo de diamantes valuado en 910 mil baths.

El elefante berrinchudo mereció su premio: comida gratis por el resto de su vida.

BANGKOK, TAILANDIA; FEBRERO DE 2000

⁷ Nombre de la moneda nacional.

Mariposa, mariposón

A Roxi y Chico

—SE LO DIJE: NO aceptaré que duermas con otras mariposas o será el fin.

La monarca que me hablaba se veía sumamente alterada. Batía sus alas sin parar y sus antenas se movían incesantemente. Yo veía de un lado a otro a la gente que nos rodeaba, pues no sabía si era cierto o lo estaba imaginando: las mariposas hablan. Digo ¡las mariposas hablan! Qué digo, ¿hablan las mariposas? Pero nadie me veía, pues todos los que como yo andan subiendo la montaña en el santuario de las monarcas en Temascalcingo, están tan emocionados viendo las primeras mariposas que solamente se ocupan de eso, pues no es una ni dos ni una docena sino miles, qué digo, millones de monarcas que irán encontrando mientras suben el camino.

—Es un mariposón —se lamentó—. Va de flor en flor, sin pensar en mí, en que me molesta, en que me entran los celos; no encuentro la razón por la que lo hace, porque conmigo puede tener todo —me confió esta monarca, posada en mi hombro derecho. Yo seguía sin poder creerlo: una mariposa contándome cuitas de amor, ¡sorprendente!

Ese día de febrero, cuando ya habían abierto a las visitas los santuarios donde se vienen a pasar el invierno los millones de mariposas canadienses y estadounidenses, ya había gran cantidad de turistas iniciando el

recorrido para alcanzar la cima, donde empiezan a despertar luego de un largo sueño.

El sitio preferido de los lepidópteros es esta área protegida de unas 60 mil hectáreas de bosques con abundancia de oyamel, árbol favorito de estos insectos. Vienen no menos de 100 millones...

Yo me había caído justo antes de iniciar el ascenso; la caída fue espectacular y me dolió hasta el alma. Del porrazo no pude levantarme; fueron unas viejitas vendedoras las que se me acercaron y me dieron los primeros auxilios con una acariciada y un masaje intenso que arreció el dolor de la caída pero luego me distraje viendo a una mariposilla por ahí.

—¿Será una monarca? —me dije, pues nunca había visto una de verdad.

Subiendo con dificultad, pues no es fácil trepar la montaña y más difícil con un corsé deteniendo la espalda, comencé a dudar de la historia de las millones de monarcas que vienen a México, pues no se veían muchas, a decir verdad. Una que otra revoloteaba por aquí y allá pero eso de cientos o miles o millones, pues no. Una mariposa continuaba viniendo hacia mí y mientras más subía en altitud, más mariposas aparecían por todas partes, muchas, muchas, pero esa mariposa de la que les hablo se me acercaba más y más, hasta que se posó en mi hombro izquierdo pero apenas la sentí porque no pesaba ni un gramo.

Fue cuando comencé a escuchar que hablaba...

—Siempre sentí que no tenía mucho futuro con esta monarca pero no fue sino al llegar al bosque que me di cuenta que era un mariposero, un mariposón pues —dijo.

Según la monarca, al principio la relación con su mariposón fue color de rosa. Me cuenta que es canadiense y que prefiere este santuario a los de California o Cuba —sonrió

cuando me doy cuenta que empezó a decir Anganguero, pero se le trabó la lengua y optó por El Rosario— y que su travesía tomó 4 830 kilómetros que recorrió en dos meses a partir de septiembre del año pasado. Le gusta porque hay variedad de pino y oyamel, hay valles y montañas transvolcánicas, la temperatura no baja a menos de cero grados y la altura es de tres mil metros: —un paraíso —dice.

—No, no tenemos una brújula en el cuerpo —dijo. Desde tiempos prehispánicos, o quizá desde antes, al comienzo del mundo, la emigración de monarcas desde el sur de Canadá y Estados Unidos ocurre cada año. Los aztecas la llamaban papalotl y la creían divina porque, aparte de bella y misteriosa, es un agente polinizador. Le llamaron monarca porque es la única entre las mariposas en vivir doce veces más que otras mariposas. La sabiduría del viaje: adónde ir, en qué momento, con quién, todos estos detalles de bitácora siguen siendo para nosotros los humanos, un misterio. No quiso revelar ni confirmar si usan al sol como señal celeste o si tienen un reloj corporal para mantener la ruta de vuelo, tampoco me contó por qué migran en días nublados.

Las feromonas de las mariposas les permiten detectar a un atractivo sexo opuesto hasta a 10 kilómetros de distancia, pero no fue el caso de esta monarca platicadora:

—Nos encontramos en un algodoncillo, en un bosque cerca de los Grandes Lagos en Canadá; yo vengo del sur de Ontario y él de una colonia al este de las montañas Rocallosas. Nos gustamos de inmediato y, afortunadamente, ninguno tenía compromiso amoroso. Éramos libres para querernos y eso hicimos varios días mientras esperábamos el clima propicio para atravesar los Grandes Lagos, lo cual no es fácil: es un enorme manto acuático y para cruzar tenemos que esperar una buena corriente de

aire, pues si no caemos al agua, por eso debemos calcular exactamente el momento propicio para la travesía.

Con la monarca volando de mi cabeza al hombro y al otro hombro, yo seguía subiendo la montaña en el caminito que conduce a la cima, mientras la escuchaba:

—Nada más tenía ojos para mí, nadie más existía, pero mi decepción comenzó a nacer a la altura de Nebraska en Estados Unidos, cuando ya habíamos pasado los peligros de la dura travesía y nos encontramos, junto a millones de mariposas, en el sitio de descanso antes de emprender la segunda parte del viaje hacia México; ahí me dejó un par de días pues se fue con otra mariposa que, según me contó, era muy bella pero caprichosa, pues a la fuerza quería irse a hibernar a California, donde abundan los eucaliptos, piñeros y cipreses que le gustan, así que regresó conmigo. Lo acepté porque lo quería mucho.

“Cuando entramos a México por Arizona parecíamos una nube pero en realidad éramos las monarcas volando juntas; los campesinos y los indígenas mazahua y otomí nos conocen y se alegran de vernos llegar”.

Resulta que otra vez desapareció el mariposón ¡con otra mariposa!, con quien se fue de paseo por Nuevo León y Coahuila. El coraje fue enorme para la monarca despechada.

Según ella, este mariposón era capaz de irse a los bosques tropicales del sur cortejando a una morpho para luego decirle que fue atraído por el color turquesa que, dicen, lo obtiene por alimentarse de frutas, resinas y néctar de flores; con un tonito de envidia me afirmó que hasta podría terminar en Ecuador dizque buscando a alguna prima monarca de las que se han establecido allá, pero que no son aventureras, pues no viajan.

—¿Estabas celosa? —le pregunté.

—¿Celosa, yo? No soy celosa, lo que tenía era enojo

porque él me había dicho que nunca más se iría con otra. Le creí, pero resultó una mentira. Del puro enojo me pasé viendo a las mariposas para ver qué tenían de bonitas, o de inteligentes, o de simpáticas. Sus alas son como las mías, entre el naranja y el ámbar rojizo. Mis nervaduras negras son sumamente elegantes y mis pecas blancas sublimes. Yo tengo un buen tinte y mi piel brilla más con el sol mexicano luego de un buen baño; parecemos iguales pero yo soy más atractiva —concluyó.

No había que tener envidia de que otra monarca fuera más bonita, además, como se alimentan de quiebramue-
las, todas son igual de venenosas y por eso tienen colores llamativos. Pero cuando uno se pone a observarlas de cerca, resulta imposible saber quién es quién, o el género, porque todas son iguales; pero ella me contó que para saber si es macho, hay que observar detenidamente las glándulas del olor, que son marcadas por un punto de escalas oscuras en el centro de las alas traseras; si son hembras, tienen líneas negras más amplias.

Y lo que pasó después fue aún más grave, según la monarca. Llegó la hora de escoger dónde dormir por semanas y pues, a cada mariposa le entra el sueño en diferente segundo y en lugares variados. Por algo se les llama *Danaus plexippus*, que en griego significa dormilón y transformación, o sea que mientras duermen se transforman. Ella se quedó dormida antes que el mariposón y fue también la que primero despertó a mediados de febrero. Buscó a su pareja y no lo encontró. Se puso inquieta, pues muchas monarcas perecen durante el sueño invernal —cientos de miles cubren la tierra de la montaña pero está prohibido levantar sus restos— y otras deciden emprender el vuelo de regreso a casa tan pronto como despiertan. Pero no creyó que fuera el caso porque su mariposón era joven,

además, pensó, “todas sabemos que los machos se mueren antes de emprender el regreso”.

—No es fácil encontrar al ser querido entre millones de seres tan parecidos; pasé horas, días, viendo cada rama de donde cuelgan miles de monarcas hibernando como si fueran racimos de uvas anaranjadas, pero lo encontré ¡rodeado de mariposas! y lo desperté enfadada y le dije: esta fue la última vez, es el fin.

Voló hacia el valle donde inicia la falda de la montaña, con lágrimas en los ojos, con el corazón dolido, pero con la voluntad de no dejarse engañar otra vez. Sabía además que de cualquier manera esta relación no era para siempre, pues el mariposón tiene sus días contados y nunca hace el viaje de regreso, sólo ellas.

Dice que ahí andaba revoloteando cuando me vio caer y le di tristeza, por lo que decidió acompañarme; luego le inspiré confianza para contarme su propia tristeza.

Cuando llegamos a la cima, yo me quedé sin habla; el paisaje era indescriptible. El cielo no se veía por la cantidad de monarcas que volaban por todos lados. Cientos más se estaban apareando mientras volaban, mientras miles más cubrían el monte esperando los chorros de agua que les tiraban los guardabosques. Ante mi azoro, la monarca me preguntó si quería ver algo especial. Dije que sí y ella se adelantó, mostrando un sendero oculto entre oyameles enormes. De repente me pidió mirar hacia los árboles y, al hacerlo, la vista de los racimos de monarcas prendidas de las ramas fue el espectáculo más emocionante que he visto en mi vida.

La monarca y yo nos tomamos fotos para el recuerdo y después ella voló a su destino.

La hormiguita virgen

COMO CADA MAÑANA ME desperté temprano. La ventana, que tenía un vidrio roto, dejaba pasar un viento gélido, de fin del verano, húmedo; por el mismo espacio se colaban los olores de incienso, de arroz hervido, de los *curries* y vegetales, del *chapatti*...

Como todas las mañanas de los últimos 21 días, oí que tocaban a la puerta de mi cuarto; al abrir, el pequeño Malla me entregó una gran taza de té caliente, negro, con leche, con sabor de cardamomo, tres galletas María y un periódico del que solamente podía entender el lenguaje de las fotos, pero igual me gustaba verlo. Siempre era lo mismo, salvo que durante el fin de semana, en vez de galletas, recibía dos rebanadas de pan tostado al punto de quemado y miel de abeja.

La hora de mi desayuno se había convertido en el mejor de los momentos para disfrutar de la vida; los tragos de ese té hirviendo, a pesar de que traérmelo al cuarto había significado subirlo seis pisos del hotel que carecía de elevador, me reconciliaban con mi nueva identidad. ¡Fuera el café del Occidente, bienvenido el chai asiático!

Era mañana de baño, pues era de un día sí y el otro no; de las pocas actividades que no eran de mi gusto desde mi llegada a Katmandú, porque el baño era helado, ¿y el agua? ¡Helada! Solamente a los nepaleses podía gustarles este chorro de agua fría que te despierta todos los nervios y tensa hasta el último de los músculos caídos. No todos

los días había agua, porque el conducto se desviaba para poder darle agua a los seis pisos del hotelito, así tres veces a la semana había líquido en los pisos pares y otras tres veces en los pisos impares, y un día era solamente para la limpieza general del lugar.

Fuera la ropa, bienvenida el agua fría, el *champú* de marca diferente, el chorro que yo misma me hago cuando saco el agua del tambo en que se acumula. Brrrr brrrr brrrrr titirito, tiemblo. Es de los baños más rápidos que he tenido en la vida pues, mientras más rápido lo hago, más pronto me secaré y usaré la ropa que me calentará.

Mis cabellos largos requerirán tiempo para secarse al natural, pues aquí no hay secadora manual; mientras el tiempo hace lo que debe, escojo la ropa que me gustará usar ese día.

¿El rojo, el verde, el rojo con negro, el azul marino, el amarillo con verde? Saco las largas telas de seda y de algodón y las expongo sobre la cama. Estos saris son todos mis vestidos nuevos, junto con sus fondos y sus *petit coats*, unas blusas cortitas bien ajustadas al cuerpo.

Bueno, será el rojo con los diseños de elefantes en negro; hoy es día de seda, sedosa, brillante, que acaricia el cuerpo cuando los dedos la recorren. De blusa escojo una roja también.

A punto de estar secos, recojo mis cabellos en una trenza que me llega por debajo de la cintura, entrelazada con la madeja de algodón negro y adornada con un intrincado pom pom dorado.

Uno a uno los siete metros del sari van envolviendo mi cuerpo para terminar en el plisado de enfrente y luego, el resto, cubre mi pecho y pasa por encima de mi espalda, como si fuera un rebozo.

Me veo en el espejo: bella, como princesa de *Las mil y una noches*.

Vestida ya, me pongo mis joyas doradas y plateadas: aretes, collar, mis brazaletes por docenas, además de los bangles en cristal que ya no me quito ni para dormir, aunque hagan ese sonido de música cristalina a la mitad de la noche; la pulsera del tobillo, los anillos en 8 de los 10 dedos de mis manos; de la cajita con forma de templo budista que contiene un polvo rojo saco un sello que reposo por unos instantes en el polvo antes de ponerlo sobre la piel a la mitad de la frente, donde deja grabada una tika con el símbolo de la vida, una forma de caracol. Y termino con unas gotitas de este pesado aceite de jazmín profundo que se usa a guisa de perfume.

Las sandalias y ya, estoy lista.

Desciendo ligera los seis pisos, paso por la recepción y la sonrisa aflora a los primeros buenos días que me repiten “Namasté, Kira Kumari”... Kira Kumari, Kira Kumari, Kira Kumari. Del chico de la recepción en este hotelito al final de la calle principal que lleva a los templos, a los niños que cada mañana encuentro a la salida, todos me saludan, corean mi nombre, me acompañan gritando a coro “Kira Kumari, Kira Kumari” mientras ríen.

Alguien que no recuerdo o no quiero recordar me bautizó con el Kira Kumari, luego de que supo que yo había pasado horas enteras esperando la sorpresa de ver a través de la celosía de madera a la más mística y especial de las diosas nepalesas, la kumari.

Este es un día verdaderamente especial, es mi penúltimo día en Katmandú, donde he estado por varios meses recorriendo el Techo del Mundo; desde las ciudades sagradas y sus alrededores; observando a buena distancia el Everest hasta que, camina y camina, llegué a los pies del pico más alto del mundo para verlo lo más cerca que se puede sin llegar al alpinismo, y amaneció envuelto en nieve

rosada que me hizo recordar el color del azucarado algodón de París de mi infancia; la placidez y el sentimiento de felicidad absoluta en una barca a la mitad del lago Phewa en Pokhara, desde donde se tiene una vista magnífica de los picos Annapurna, Dhaulagiri y Minalu; y también la caminata por estrechos senderos en la subida a la cordillera himalaya para conquistar la cima del Annapurna, *trekking* hasta más de ocho mil metros de altura que me dio muchas sorpresas como la de pillar una hepatitis, pero no la de encontrarme con un yeti.

Mi experiencia nepalesa me ha hecho sentir la mejor de las educadoras, pues como resulta que pocos saben dónde, en el mundo, se encuentra mi país, México, tengo que explicarles la geografía y desmentirles que sea parte de Estados Unidos o de América del Sur.

He asumido como propios la manera de ser, la ropa, los hábitos, las joyas en piedritas de colores, en chaquiras con oro o plata, la forma de orar en los templos, llevando inciensos y ofrendas; he peinado mi cabello con madejas de lana de colores brillantes, no salgo de casa sin el trazo rojo en mi cabello, la tika en mi frente, mis docenas de bangles que tienen su propio sonido musical con tinte de silbido cristalino.

Pero todo ahora llega a un fin. Es el último recorrido por mi calle donde se encuentra el hotel. Paso por el palacio de la kumari, la diosa humana y virginal que recoge la reencarnación de la sangrienta diosa guerrera Kali, y me asombro, como siempre, al contemplar la agresividad de las esculturas de los dos enormes leones de piedra que custodian la entrada al palacio.

Esta diosa humana es una niña seleccionada entre cientos de pequeñas púberes desde la edad de tres años pertenecientes a la alta casta de los shakya, luego de un ritual

nunca visto por el común de la gente ni de Nepal ni de otro lado, y que pudiera incluso ser macabro. La escogida es llevada a este palacio donde nunca más podrá posar su pie sobre el suelo, ni podrá jugar ni ir a la escuela, mucho menos vivir con su familia o llevar su nombre, porque pasa a ser llamada kumari de Patan y rebautizada Ghan Bahadur Charla y se convierte en la guardiana del reino nepalés. Cuenta la leyenda que, mientras exista una kumari, la monarquía estará protegida.

Será kumari a condición de que nunca pierda una sola gota de sangre: así, si no es por el inescrutable camino a la pubertad, la diosa en miniatura no sabrá lo que es caminar o utilizar sus manos por el riesgo de lastimarse y provocarse un sangrado. Veinticinco monjes budistas se encargan de ella y las mundanidades de su cuidado y la cargan en brazos para todos sus desplazamientos; llegan al extremo de hacer todo lo que la kumari desea hacer por sí misma: si quiere jugar, ellos juegan por ella, si quiere dibujar o colorear un libro, ellos son los que lo hacen.

Todas las curiosas y los curiosos, nepaleses o turistas, no dejan de pasar un rato enfrente del palacio de la kumari, porque es sabido que a veces la pequeña, por curiosidad, aburrición o por interés, deja ver sus ojazos negros por alguna de las celosías labradas en ébano que recubren todos los espacios abiertos del patio de su palacio. O cuando menos darle un vistazo, porque es considerado como de buena suerte, a la gran tika en rojo con el diseño del arco sangrante de la Kali que le pintan, cada día, sobre su frente.

A la kumari no es posible verle el rostro de frente ni siquiera el único día del año, el de Indra Jatra, cuando es llevada en palanquín a recorrer la ciudad, bendecir los templos y llegar al palacio del monarca Birendra para

colocarle una tika en símbolo de bendición; su paso por la calle principal de Katmandú atrae multitudes de fieles venidos de todo Nepal para presentarle ofrendas, regalos, pedirle ayuda; no es posible verla de cuerpo completo, ni cuando concede audiencias, ni cuando llega a orar al templo en los días sagrados.

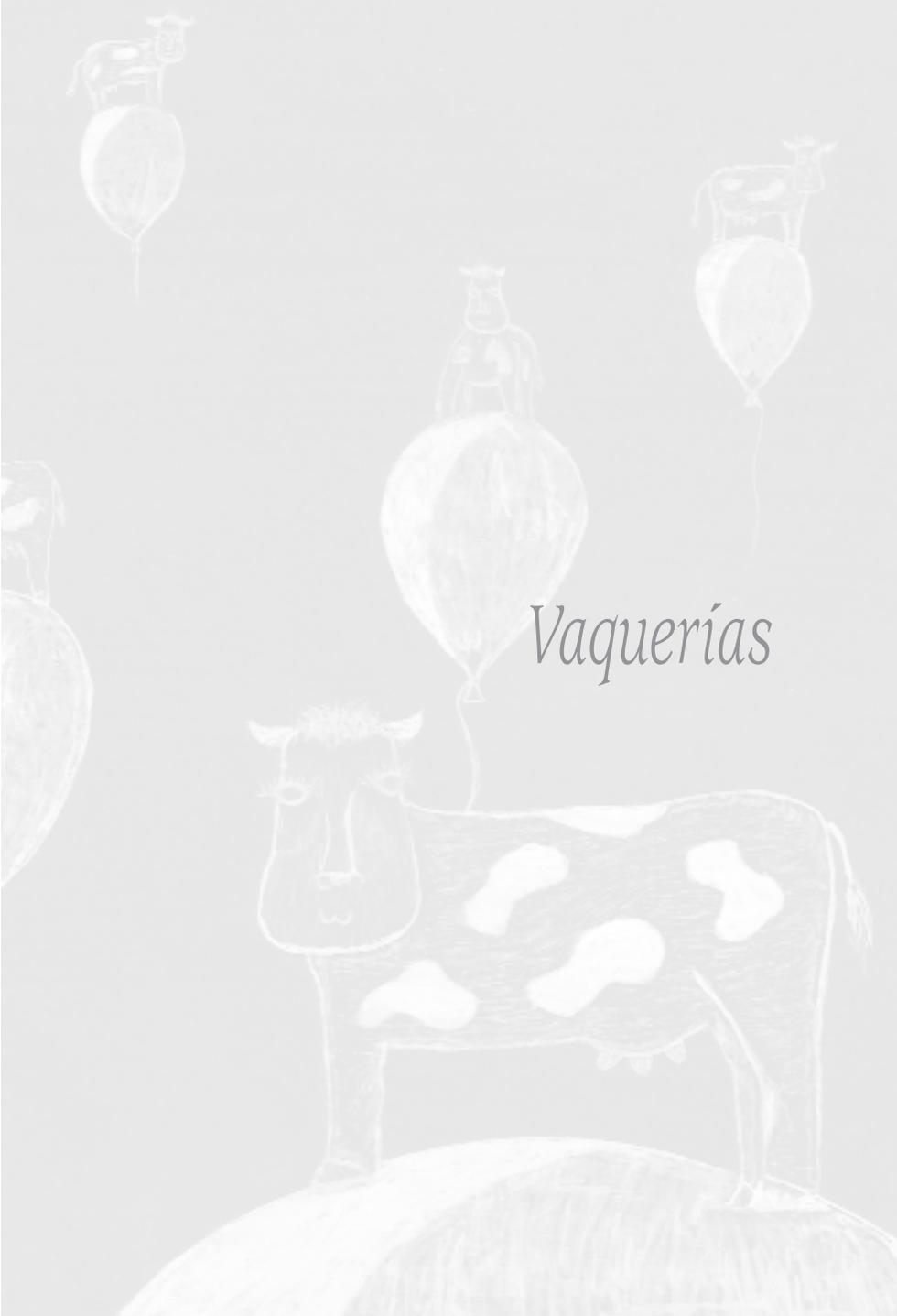
La vida de estas niñas-diosas es corta; tan pronto como se convierten en doncellas a la llegada de su primera menstruación, el relevo ya está asegurado y otra kumari toma su lugar y así se van sucediendo una tras otra las vírgenes, que es el significado real de *kumari* y no el de diosa, que yo me imaginé. Por ello las chicas nepaleses terminan tradicionalmente su nombre con el Kumari y lo pierden al casarse.

Voy diciendo adiós en silencio a todo lo que me gusta y me ha gustado. El coro de vocecillas infantiles me sigue por donde sea que mis pies o mis sentidos me llevan —Kira Kumari, Kira Kumari... —repiten y ríen, como siempre lo hacen cuando corean mi nombre, los niños, las niñas ríen y ríen mientras corean— Kira Kumari, Kira Kumari.

La sorpresa final de mi vida nepalí me deja sin aliento. *Kira Kumari* no significa otra cosa que *hormiguita virgen*... de aquí las risas de todo mundo. Kira, como se escucha mi nombre en nepalés, quiere decir *hormiga*; kumari, ya sabemos, *virgen*. El coro infantil que día a día me acompañó por las calles era de sarcasmo, de broma. En otras palabras ¡se reían de mí!

KATMANDÚ, AGOSTO DE 1997

Vaquerías



Vaca de luna llena

VAQUERÍAS I

ERA YA MUY TARDE, en noche de luna llena. Nils no quería dormirse, quería irse a jugar con las vacas en el campo y no aceptaba ningún compromiso.

—Si las vacas pueden quedarse despiertas, yo también —era su terca explicación.

Yo no entendía el porqué la mamá de la vaca le permitía quedarse en la calle, digo, en el campo, y aparte de que eso era inaceptable —la noche es para dormir, para descansar, ¿no es cierto?— hacía mucho ruido con su cencerro.

Me acerqué a la ventana, recorrí la cortina y mis ojos, acostumbrados a la noche clara por la iluminación lunar, se posaron en la silueta, enorme, de una vaca; era grande, grande; gorda, gorda. Hacía ruido tlan tlan tlan, con el cencerro que se movía mientras la vaca movía su hocico para masticar su comida (con eso de que comen todo el tiempo, pues seguramente era lo que hacía sin pensar en los niños del vecindario y en que ya era de noche).

Desde la ventana no podía distinguir la raza del animal; bueno, no conozco ni sus razas y tampoco conozco sus costumbres. Soy una mamá de la ciudad que sabe, eso sí, que la leche viene de las vacas, y que la carne también es de la vaca o del becerro o del toro. De lo que siempre me acuerdo es que existen las vacas suizas, que son famosas en el mundo entero, que su piel es blanca con tachas negras y dan leche muy buena. Lo que no puedo

ni siquiera imaginar es por qué andan en el campo durante la noche cuando deberían estar encerradas en un establo y no despertando a los niños; además, ¿a quién se le ocurre ponerles el cencerro y dejarlas haciendo ruido de día y DE NOCHE? No sé si son gentiles o bravas, más bien creo que son enojonas, pues son muy grandes y si uno se les acerca, como hice cuando era chiquita, le gritan a uno: MUUUU MUUUU.

Nils no entendía razones para dormirse esa madrugada.

Pocas horas después, cuando el día estaba en su apogeo, decidí ir a visitar a la vaca. La encontré en el mismo lugar donde la vi la noche anterior, lo que me hizo confirmar que no había dormido en su casa, pero ¿por qué? Y yo misma traté de responder a mi pregunta: a lo mejor es costumbre suiza, quizá anda de campamento, o no tiene casa.

Entiendo que las vacas, como todos los animales que conviven con nosotros, tienen un sexto sentido para comunicarse, así que no me sentí desvinculada con el rumiante aunque, debo decirlo, era algo imponente. Y cómo no, yo le calculé que pesaba cuando menos unos seiscientos kilos, si no ochocientos... a lo mejor pesa hasta mil kilos pues ¿qué sé yo lo que pesa semejante rumiante?

Cuando me vio frente a ella, rápidamente se puso a la defensiva (ustedes estarán de acuerdo en que debería ser yo la que tendría que defenderse, ¿no?); mirándome fijo me echó un MEEUUUEEEHHHH MEUUEH directo, mientras que su cola se movía de un lado a otro.

Acercándome un poco más, como quien no quiere la cosa, mostrándome más valiente de lo que en realidad me sentía, me presenté como su vecina e hice las preguntas de rigor: ¿cómo se llama?, ¿dónde vive?, ¿cuántos años tiene?, ¿es mamá?, ¿dónde están sus hijitos?, ¿duermen de noche, pastan de día, qué comen?, ¿tienen todas un cencerro?...

La vaca ni se inmutó. Ni me miró. Siguió masticando su hierba y me ignoró. No me intimidó ni un poquito, así es que volví a la carga con mi arsenal de preguntas... pero no obtuve respuesta alguna salvo uno que otro mugido.

Y llegó la noche, esa era de luna nueva. Pero no para dormir sino a batallar con mi hijo por la misma situación de la noche anterior, cuando la vaca de luna llena no nos había dejado dormir.

Tenía para entonces una gran curiosidad de saber cómo le hace una vaca para tener intimidad, un poco de calma, de reposo pues, cuando tiene un gran cencerro colgado del cuello, 24 horas al día, sonando y sonando, repicando más que la campana de una iglesia en pascua florida.

Día siguiente, misma actitud: me fui a visitar a la vaca. La sorpresa del día fue encontrar a un granjero que estaba con ella, platicando mientras le ponía un gran bloque de sal al lado de su comida. “Es para que no se deshidrate”, pues la sal le permite conservar la humedad.

No había de qué preocuparme. Jerome, el granjero, me contó que las vacas pasan su verano pastando a campo abierto. A veces están tan contentas que se lanzan sin motivo aparente en una carrera a campo traviesa nada menos que a unos veinte kilómetros por hora, con el cencerro sonando; pero todo este alboroto tiene un motivo: el propietario de la vaca o del becerro o del toro puede, desde el establo o el campamento, saber con exactitud dónde se encuentra cada uno de sus animales porque ¡imagínense! cada cencerro tiene un sonido diferente, cada sonido es la identificación de la vaca. Así, el granjero oye tlan tlan tlan o tla tlan o tlaaann tlaann y sabe que se trata de Jonquille, o es Margarita, que anda por la colina, o Petunia, la que toma agua...

Ahorita, cuando ya han hecho la Poya y el desalpe; es decir, cuando han regresado de los Alpes suizos, franceses

o italianos, adonde han ido a pasar todo el verano, las vacas siguen pastando al aire libre, hasta que el granjero considera que el frío es tal que ya las vacas deben entrar al establo... Lo que a las vacas no les gusta porque quedarse día tras día, noche tras noche, encerradas en el mismo lugar, no es de lo más agradable que digamos; bueno, es lo que me contaron.

Jerome rió mucho cuando le conté del problema que tenía para poner a dormir a mi pequeño de tres años, pues quería ser como las vacas: estar despierto todo el tiempo. Me sugirió ir a hablar con sus vacas, especialmente con Linda, que es la más platicadora, para que me cuente lo difícil que es la vida de vaca, que tienen que estar despiertas todo el tiempo para poder masticar y digerir bien sus alimentos, a fin de poder darnos leche calientita, rica y fresca, con sabores alpinos.

Encontré primero a Chic, una vaca de raza tachada roja pero que se cree de raza Brune, a lo mejor por eso no me quiso hablar. La conversación con Linda fue breve pero informativa.

—¿Te gusta estar en el campo libre o en el establo?

—Meuuuuh meuh meuh meuh meuuuuh (en el verano, en el alpaje) meuh meuh meuh meuh mmeeeuuuhhh (en el invierno, dentro del establo).

—¿No te cansas de cargar el cencerro?

—Meuh (no) —dijo; además, me contó que en el campo el cencerro se llama clarine.

—¿No se te antoja un poco de silencio?

—Meuh meuh meuuuh meuh meuuuh —rió—. Meuh meuh mmeuuuh meuh —seguido de un largo bramido— (cuando estoy en el establo me quitan el clarine, tonta, ¿a quién le gustaría tener todo el tiempo la campana? ¿A mí? No).

—¿Por qué no duermes en la noche? ¿O solamente en noche de luna llena te la pasas despierta?

—Meuh meuh meuuuhh mееееuuuhhh mееееuuuhh —dijo, después rió. Según entendí de todo lo que mugió, es que cuando están en el campo comen más de lo normal y tardan más tiempo en rumiar los kilos y kilos de hierbas, cereales, maderos y frutas que consumen y pues, como les ponen el clarine, siempre hay ruido. No es que sean vacas vampiro. —Meuh meuh meuh meuh meuuuhh —me dijo riendo.

Nos hicimos amigas; le conté de Nils, que no quiere dormir pues preferiría jugar con la vaca y ella me contó de su Félix, un novillo de tres años que le da mucha lata porque es muy aventurero y se sale de la manada para irse por su lado y el granjero se enfada, pero ni aun así el chico pierde su curiosidad.

Hicimos el acuerdo de que tratará de hacer el menor ruido posible por las noches y me pidió decirle a Nils que si se porta bien, podrá jugar con ella los días en que haya dormido profundamente ocho horas.

—Mееееuuuhhh (gracias) —le dije.

—Meuuuuh meuuuuhh (de nada) —me contestó.

La reina de todas

VAQUERÍAS II

CUANDO LO VI NO podía creer semejante espectáculo. Venía descendiendo la montaña de Gruyer paso a paso, seguida de decenas de otras vacas, y todo mundo aplaudía a su paso, la vitoreaban, la aclamaban y ella, la emperatriz bovina, de vez en vez profería un *meuh* grave y sonoro. Su nombre precedía su arribo, pues una niña traía una pancarta que anunciaba: Sauvage, reina del alpaje; es decir, que esta Salvaje era la reina de todas las rumiantes suizas.

Su cabeza coronada de flores amarillas, blancas, rojas; su cuello portaba un enorme cencerro que sonaba a gloria dominical; su piel brillaba como si estuviera cubierta de una buena capa de vaselina. De salvaje no se le veía nada, pues caminaba como una de esas matronas bien curtida en el hábito de cuidar de terneras y becerros, de acompañar al granjero al pastizal en cualquier momento, de dar leche, buena leche, cotidianamente; es más, tenía la mirada de modestia más sincera que haya yo visto en una vaca herens suiza, de las que todos saben perfectamente bien que son peleoneras de primera.

Antes, horas antes de este singular cortejo, Sauvage había conquistado el prestigiado título en Suiza, cuando en apenas unos minutos le arrebató el campeonato a Victoria durante un escalofriante encuentro de reinas por apropiarse de los pastizales alpinos.

Me contaron que...

Las dos bestias, Sauvage y Victoria, paradas frente a frente, comparten entre ellas casi en partes iguales, nada menos que 1 580 kilos de músculos, tensos, como se ve a simple vista; los cuernos a escasos 10 centímetros los unos de los otros; la mirada fija de una en la de la otra; por unos cuantos segundos ninguna se mueve...

Y en un instante, la 349 embistió a la 142, a fuerza pelada. El impacto del golpe entre las dos rumiantes se escuchó a metros de distancia junto con el griterío de varias docenas de espectadores venidos *ex profeso* al Valais suizo a presenciar el encuentro de reinas donde, finalmente, Victoria tuvo que rendirse frente al poder endiabrado de Sauvage.

Las dos vacas son herens, la mejor raza de luchadoras; ambas tienen la piel dura, negra casi. De sus cuellos cuelgan sus cencerros y sus medallas, lo que añade unos kilos de más a la bestia. Tienen osamenta ligera pero sólida, de cabeza larga, de cuernos puntiagudos y de mirada viva... por cuestión de genes son unas belicosas atractivas.

El título que se disputó a golpe de cuernos es el de reina del alpaje; dentro de sí, Sauvage se siente feliz pues esta corona es mucho mejor que la de reina de match, ya que el derecho de monarquía sobre pastizales le va a durar todo el año. Lo chistoso de todo, se dice la vaca campeona, es que su hija Chic ganó el concurso de reina de match aunque todavía es una primipare, es decir que aún no ha tenido becerros.

El sueño de Sauvage es obtener el título de reina de reinas, como la vaca Saphir que vive allá por Biel, un pueblito a más de 2 mil metros de altitud... esta herens portando el número 43 fue coronada en Aproz después de la derrota de Tonnerre, la número 79, que a pesar de ser la reina de la feria de Martigny no pudo contra la fuerza de Saphir.

Pero hay también otras campeonas, como las de belleza, sí, ¡de belleza bovina!

Una de las vacas suizas más bellas es Galante, nacida en 1999. Es una habitual de los podios de belleza. Es pelirroja, y dos veces campeona europea de vacas lecheras. Consagrada gran campeona y también campeona sénior, es una magnífica ejemplar de la raza holstein roja y se impuso sobre una treintena de competidoras bovinas que vinieron de Bélgica, Holanda, Suiza, Francia y Alemania.

Una campeona no cae del cielo. Aparte de sus genes están el potencial, el modelaje, el entrenamiento, el ejercicio y sobre todo la alimentación sana y equilibrada y abundante, me contaron los jueces del evento. Los criterios de elección son precisos: una piel bien cuidada y lustrosa, la talla, línea de espalda, ángulo de los jarretes, profundidad del arco del pecho, longitud de costados, postura de las ubres y, entre otros más, la separación de las orejas y el largo de la nariz. Deben tener medidas perfectas. Y todo esto ¿por qué? Pues porque si es de costados amplios significa que puede comer mucho y producir en consecuencia grandes cantidades de leche en las dos ordeñadas del día; de las ubres no es el volumen lo que cuenta sino la forma en que están puestas, ya que si están bien altas entonces las cuatro tetinas no tocarán el suelo y en consecuencia no se lastimarán. A todo esto hay que añadirle la elegancia de su desfile, la buena postura de sus dos patas delanteras bien paralelas al tomar una pausa, que las ubres no se muevan de un lado a otro, la cabeza alta, la mirada dulce y fija, la cola de movimientos graciosos.

De existir el título de Miss Mundo, Galante tendría la corona porque, además de todos sus atributos estéticos, como reina en excelencia también posee las cualidades de ser buena lechera y, como tal, rentable.

Pero hay que ver un día el concurso en Bulle. El establo atroz, tenía esta primavera de 2008 un olor de congregadas para presenciar la concesión del título de la vaca más bella de Suiza. Ah, el desfile de las doce semifinalistas fue genial; ahí desfilaron frente a los jueces, una a una. Algunas se pusieron nerviosas y el jurado eligió a cinco finalistas, todas de la raza holstein. Luego, el juez canadiense volvió a pasar por ellas su ojo examinador y señaló a la ganadora, a las princesas y otorgó el reconocimiento de “gran potencial” a una pequeña a quien auguró una carrera de campeona.

Lo chistoso es que la reina, con todas las medidas perfectas, se comportó a la altura del certamen: desfiló con gracia, con modales, no trató de darse la vuelta y salir corriendo como sucedió con otras competidoras, de rostro gentil, de ubre bien cargada y buena medida, pero era comprensible pues era una vaca joven de apenas cinco años. El júbilo de los portadores de cencerros fue espectacular y las personas aplaudieron hasta el cansancio cuando se entregaron los trofeos y vitorearon a la nueva reina de 2008 a lo largo de su paseo triunfal.

GRUYER, OCTUBRE DE 2004
BULLE, MARZO DE 2008

El misterio de los cencerros

VAQUERÍAS III

MONSIEUR HEINZ NO ESCUCHÓ nada y eso que el ruido había sido enorme. Era inusual que a la mitad de la noche las 45 vacas del establo se despertaran para hacer todo un alboroto; era para que el granjero cuando menos se hubiese preguntado ¿qué pasa? Pero siguió durmiendo, como si nada...

La sorpresa, la consternación, el enojo y la tristeza llegaron al día siguiente: 30 cencerros; es decir, todos los cencerros de sus vacas queridas habían desaparecido como por encanto...

Lambada se sonrió cuando monsieur Heinz empezó a gritar como loco llamando a Gertrude, su esposa, y a todos los hijos quienes, a su vez, comenzaron a dar de gritos también aunque era obvio que nadie los escucharía pues allá, en el Oberland Bernois, las granjas están distantes las unas de las otras porque entre ellas se encuentran grandes zonas de pastizales, todavía verdecitas a pesar de que el invierno ya tocaba a las puertas.

No hacía sino apenas una semana, justo después del desalpe, cuando monsieur Heinz había llevado a su tropa de vacas y becerros de raza simmental y herens al concurso de las reinas del alpaje; todas lucieron orgullosas sus grandes cencerros hechos, cada uno, por un artesano de Saanen, especialista en la producción de las campanas que identificarán a la vaca hasta el último de sus días. De regreso había contado y limpiado cada cencerro antes de

colgarlos, bien ordenaditos, en el recuadro correspondiente en el hall de la entrada al establo; muchos pendían de sus correas bordadas de Edelweiss blancas y de colores, tal y como debe de ser.

Y ahora todos los cencerros habían desaparecido. Una treintena, pues la quincena de becerros nacidos este verano aún no habían recibido su propio cencerro.

Para Lambada, el asunto no era un misterio como pensaba monsieur Heinz, sino un robo tal y cual. Lambada es una vaquilla coqueta y pizpireta, quien esa noche del jueves no podía dormir pues, habiendo comido como glotona que era, sus cuatro estómagos aún seguían rumiando los kilos de hierbas que había masticado sin parar durante varias horas. De repente, como a la una de la madrugada —estamos hablando ya del viernes— escuchó voces, pero no se inquietó de inmediato; a veces el granjero venía a echarles un ojo antes de irse a dormir, sobre todo cuando regresaba de alguna reunión con los vecinos granjeros donde, obviamente, se platicaba únicamente de historias de vacas. Monsieur Heinz tenía especial orgullo de su tropa porque entre ellas tenía nada menos que dos reinas, Lucky y Saphir.

Minutos después y, sin que se lo esperara, Lambada se vio frente a frente con la luz radiante de una linterna y, para su sorpresa, la persona no le fue conocida. Era un perfecto extraño, a quien además no podía verle la cara porque la tenía cubierta con uno de esos pasamontañas tan usados por los hijos del granjero cuando se van a esquiar; otro hombre venía con él, caminando como a ciegas, palpando las paredes, buscando algo; a éste sí le vio la cara, de extranjero, cuando se volteó hacia su compinche y le hizo la seña de que había encontrado algo; ese algo eran los cencerros de las vacas.

Los extraños, sin hablar y tratando de no hacer ruido, cubrieron el interior de los cencerros con la paja de comida y luego los descolgaron, uno a uno, y los envolvieron en unas mantas; y uno tras otro los cencerros envueltos fueron desapareciendo dentro de un gran saco que llevaban esos hombres extraños.

Lambada se dio cuenta de que Félix y Cereza habían también visto la peculiar escena; con los ojos se decían que todo era muy, muy extraño. Además, ¿adónde llevaban sus cencerros? ¿Qué harían cuando tuvieran que salir a pastar y no pudieran comunicarse con los diversos sonidos que emiten las campanas? ¡Sería un grave problema para el pobre del señor Heinz!

Cuando los hombres salieron del establo las vacas, que ya estaban todas despiertas, comenzaron a mugir, dando la voz de alarma y alzaron la voz para MUGIR y MUGIR y MUGIR cada vez más fuerte pero nada, en casa de monsieur Heinz el silencio era total, fuera de algunos momentos en que un ronquido salía de las recámaras.

Ah, ¡qué desesperación para las vacas! No había nada que hacer, pues como cada vaca está en su cuarto, a puerta cerrada, no era posible salir a recuperar sus cencerros. Los vieron desaparecer en la noche sin estrellas.

Monsieur Heinz se notaba este viernes bastante desesperado. Pensó que era una broma de sus hijos pero éstos le hicieron ver que estaba equivocado. Entre todos buscaron bien, especialmente bien, por todo el establo incluso moviendo y removiendo la paja acumulada en cada cuarto de vaca; inspeccionaron cada aparato de ordeña pero, nada.

La señora Gertrude —según escuchó Lambada— sugirió llamar a la policía. Monsieur Heinz se negó:

—¿Para qué la policía? Hay que buscar los cencerros y ya. Si llamamos a la policía toda la región se enterará de

que los cencerros han desaparecido y el que los escondió va a echarse a reír a carcajadas —concluyó.

Fue un viernes negro. Las vacas fueron sacadas a pastar pero bajo cerco eléctrico, pues toda la familia estaba ocupada en buscar y rebuscar los cencerros. Lambada trató de explicarle a monsieur Heinz y se le acercó dando unos mugiditos pero el granjero la rechazó diciéndole “váyase a pastar, tenemos mucho qué hacer”. Lambada empezó a bramar toda la historia que había visto la noche pero, pues, monsieur Heinz, a pesar de ser el mejor de los mejores granjeros de Oberland, no había aún aprendido el lenguaje de las vacas y no entendió ni jota de la larga historia que le contó Lambada.

El misterio era total al final de ese viernes; el fin de semana fue de lo más triste en la granja La Silvestre de la familia Heinz, donde lo único que se resolvió fue darle de comer a las vacas, meterlas al establo luego del pastoreo y acariciarles, una tras otra, la cabeza, las orejas y el cuello, tal como les gusta.

El desconsuelo que se esparció en el ánimo de la familia y, sin que pudieran percatarse, también en las emociones vacunas, fue tal que para el mediodía, al término del servicio religioso, monsieur Heinz decidió hacerle caso a su mujer y se puso ante el teléfono para llamar a la policía bernesa.

Esto es lo que la familia (y las vacas desde una ventana) oyeron:

—Allô, ¿la policía? Quiero reportar el robo de 30 cencerros, de todos tamaños, precios y decoraciones... Sí, los cencerros de mi tropa de vacas... Sí, cencerros, cencerros, en metal, en cobre, sí... Si supiera quién se los robó no estaría llamando para buscar la ayuda de la policía sino que estaría recuperándolos y... Sí, señor, soy el propietario

de las vacas y de los cencerros... ¿Qué? ¿Es posible? ¿Cuándo? No, no es posible, ¡fue la misma noche!

Luego de darle su nombre completo y la dirección de la granja, monsieur Heinz se volteó hacia su familia y les contó que, en el pueblo vecino, el Pays d'Enhaut, cinco granjeros habían llamado a la policía para reportar el robo de cencerros.

¡Ladrones de cencerros! Las vacas suizas vulnerables al robo masivo de cencerros.

El misterio sobre la identidad de los ladrones y la razón para robarse cencerros era total... ¿Por qué los cencerros y no los instrumentos de labranza o los botes de leche?

En total, esa fatídica noche del viernes, los ladrones robaron unos 223 cencerros de todos tamaños y calidades, con un valor aproximado de 80 mil francos.

Hasta la fecha el misterio no ha sido resuelto y Lambada no ha contado sobre lo que sucedió esa noche porque ninguno de los humanos sabe que ella vio el robo y tampoco puede hacerlo, porque no conoce a nadie que sepa traducir mugidos.

GINEBRA, 2006
BERNA, MARZO DE 2008

Desde Chile, con amor

VAQUERÍAS IV

Punta Arenas, marzo de 2008

Queridas vacas suizas:

En nombre propio y de mis hermanas y familiares chilenas, les hago llegar nuestro saludo caluroso y les expreso nuestra emoción de sabernos unidas por un lazo de familiaridad que se da por la confirmación de nuestra ascendencia suiza.

¿Quién hubiera pensado en la tierra de los Alpes que tienen descendientes en Chile? A nosotras, en la Patagonia, nos habían contado, como esas historias que se relatan a los niños antes de irse a la cama, la historia de que nuestras bellas manchas negras eran herencia europea y que esa sangre suiza ha sido la razón por la cual somos tan bellas, productivas, disciplinadas y tenaces, pero según nos enteramos recientemente, ustedes ignoraban este eslabón perdido.

Tenemos entendido que en Friburgo están apenas saliendo de la sorpresa que les ha causado la revelación de que han encontrado descendientes de la famosa vaca suiza en un país tan lejano, como es Chile, y un lugar tan apartado del mundo, como Punta Arenas. A la curiosidad de un granjero jubilado, nostálgico de la raza que se convirtió en el símbolo nacional de Suiza en el siglo XVIII, debemos darle las gracias por habernos encontrado y confirmado que, si en la región alpina ya no queda ni

una vaca suiza de las de antaño, ni para botón de muestra, en los pastizales andinos nosotras portamos un gen directo de la extinta vaca friburguesa, la de piel de nieve y manchas chocolate negro.

Pensamos que no podremos visitarlas en ninguna ocasión porque no estamos preparadas para realizar el viaje entre Punta Arenas y el Oberland alpino, por lo que esta carta es una invitación para que, cuando menos, nos conozcamos por el medio epistolar.

El misterio del eslabón perdido comenzó a revelarse cuando nuestro granjero, Alberto, se encontró recientemente con Roger, un cándido granjero que vino expresamente de Bulle, Suiza, siguiendo las pisadas de su abuelo, oriundo de Blessens (Glâne), que quién sabe por qué razón emigró al Cono Sur allá por 1930.

La historia es sorprendente. En primer lugar, que ya no exista la vaca friburguesa, esa que todo mundo asocia con Suiza, es increíble. ¿Cómo es posible que los suizos, tan cuidadosos, no hubiesen velado por su sobrevivencia generacional? Comprendo perfectamente que, laboriosos como dicen que son, hayan preferido darle toda la atención a la raza canadiense holstein, porque es mejor productora de leche, pero dejar de cuidar a nuestros antepasados fue un acto lamentable.

Con razón los turistas chilenos que visitan Suiza regresan decepcionados de ver que en los maravillosos campos abundan las vacas café; ya no hay verdaderas vacas de raza friburguesa, pero el mito de la vaca suiza, la de las manchas negras, perdura y perdura. Los turistas van de campo en campo esperando encontrarse con alguna y lo más cercano que encuentran es a la vaca que le llaman tachtée rouge, obviamente porque sus manchas son de color rojo oscuro, pero no son negras.

De boca del granjero de Bulle nos enteramos que una suiza llamada Martine Meyer que se ha dedicado a investigar la historia de la raza friburguesa, desde los orígenes

hasta las posibles razones de la extinción de nuestros antepasados, lo cual nos ha llamado la atención, pues nuestras madres y abuelas no paraban de contarnos historias de nuestros ancestros, de los cuales estaban tan orgullosas y con emoción nos afirmaban que allá, muy lejos, en Suiza, a lo mejor teníamos una tía o una prima... y las descendientes seguimos contando estas tradiciones y cuitas familiares a las nuevas generaciones, y creo que lo seguiremos haciendo, a pesar de que ahora nos hemos enterado que ya no tenemos en Suiza a familiares de primera o segunda línea, pero todavía hay vacas y de cualquier manera estamos relacionadas, así que ¡bienvenidas a la familia!

No sé si allá en Friburgo o en Bulle habrá alguna vaca que sepa español que pueda traducirles el contenido de esta misiva, que no tiene otro objeto que el de extenderles una pata de bienvenida. Es tan lindo pensar en que no estamos solas; es tan lindo saber que tenemos ascendencia europea.

¡Ah! Nuestros antepasados fueron tan famosos en el siglo XIX; recuerdo perfectamente lo que nos contaba mi abuela sobre su madre (o sea, mi bisabuela), una fina representante de esta raza friburguesa, cubierta su piel blanca con las famosas manchas negras, ¡fue reina del alpaje en 1859! La friburguesa era una vaca fina: robusta, grande, que servía muy bien como productora de leche, de carne y era requetebuena para el trabajo agrícola. Era tan preciada que los comerciantes de la época se la peleaban y todo mundo quería comprar una vaca friburguesa en los mercados bovinos.

Me duele el corazón cada vez que pienso en el triste final de las últimas vacas friburguesas llevadas al rastro en los años 70... De seguro que alguna era mi tía o prima, o cuando menos, pariente lejana. Cuando era ternera me echaban miedo diciéndome que, si no me portaba bien, me pasaría lo que a Herón, el último toro genuinamente friburgués: terminó en el matadero en 1975.

Lo que sí es cierto es que nuestras bisabuelas y abuelas llegaron a Punta Arenas allá por 1930, cuando el granjero suizo Pierre, que en 1880 se enamoró de la chilena María Inés y ambos decidieron establecerse en esta lejana región patagónica, decidió asimismo traerse un par de vacas para no dejar ni el negocio ni olvidar su procedencia; la historia del viaje, por mar, de mis antepasados, aún nos causa escalofríos y temor por el revoltijo que causó vivir en altamar por meses y meses. ¡Pobrecitas! Tan acostumbradas a los ricos pastizales suizos, a la vista de las altas montañas alpinas, a las corrientes de agua helada, a la tierra firme, experimentaron penurias interminables durante la travesía por los mares.

La noticia de que ahora quieren hacernos un examen de ADN, para saber exactamente si tenemos algo de suizas, ha causado una reacción inusual entre nosotras; no hay quien no ande excitada pensando en que será elegida para el examen. A los científicos no les basta con vernos la piel manchada y el cuerpo rústico, ahora quieren también medir qué tanto de nuestra sangre es auténticamente friburguesa para ver si podemos exportarla a Suiza.

A nosotras nos basta con saber que nos han descubierto, que nos han ofrecido la maravillosa oportunidad de establecer lazos familiares en Suiza; les mando unas fotos para que nos vean. Yo soy la que está al lado de mi propietario, la otra es mi prima hermana.

Con mucho cariño, Vainilla.

P.D. ¿Cómo se siente caminar en la nieve?

GINEBRA, MARZO DE 2008

Cow Parade infernal

VAQUERÍAS V

ESTABA FRANCAMENTE INDIGNADA, FRUSTRADA, enojada, pero también sorprendida. Sus cascos se movían uno tras otro y de un lado hacia el otro. Se preguntaba: ¿quién se ha atrevido a tal vandalismo? ¿Por qué lo han dejado? Su cola, en movimiento constante, mostraba hasta qué punto Lucy estaba indignada.

Y no era para menos. Había visto llegar al cartero y luego al granjero que, como todas las mañanas, se sentaba en el banco al lado de la puerta de entrada a su casa para leer su periódico. Se había acercado porque, ojo avizor como el que tenía, había notado que en la primera página estaba una gran foto de una vaca como ella. Y luego, desconcertada, vio que el granjero se rascaba la cabeza, como hacen los humanos cuando están pensando en algo que no conocen. Fue así como se enteró que había ocurrido algo inesperado, totalmente imprevisto, en el desfile de las vacas en Ginebra.

Un largo mugido de Lucy atrajo a un grupo de bovinos que se aproximaron al granjero quien, para ese momento, ya tenía a su mujer y a otros compañeros sentados al lado suyo, a quienes les leía en voz alta la noticia de que dos vacas que participaban en el desfile y la exposición artística habían sido arrojadas a las aguas del lago de Ginebra.

—AY AY AY —corearon las vacas al escuchar que una de las vacas rescatadas del lago tenía tres pesas de 50 kilos

atadas a las patas, a fin de que no pudiera flotar, pues se trataba de una réplica en acrílico. —¿Qué es esto? —dijeron al mismo tiempo los campesinos y las vacas.

Pues nada, la noticia era sombría, de esas que nada más aparecen en los periódicos de nota roja que cuentan los dramas humanos de violencia brutal. La diferencia era que se trataba de vacas, pero de vacas en un país donde las vacas son sagradas, tanto como lo son en India.

Aquí en Suiza, donde nadie lo imaginaría, fue donde hubo tal falta de respeto al símbolo nacional.

Las vacas reales se habían prestado muy gustosas a modelar (paradas, sentadas, acostadas, recargadas en una barda, entre muchas otras poses) ante artistas y escultores de renombre para que les hicieran sus estatuas al tamaño natural, tal como lo había sugerido Pascal Knapp cuando vino de Zúrich en 1999 a pedirles el favorcito de posar para encuadrar un gran desfile de vacas, el famoso Cow Parade (aunque las vacas no entendieron muy bien por qué el artista usó la lengua de Shakespeare para nombrar su desfile y no, por ejemplo, la de Rousseau, de un italiano, o ya de perdís, de un suizoalemán).

Ellas decidieron aceptar la propuesta de Pascal porque pensaron que se trataría de algo así como la Poya pero artística, con el desfile de vacas como cuando suben a los Alpes con gran fanfarria, o como el desalpe cuando, al final del verano, van paso a paso de regreso al establo, orgullosas, teniendo de fondo las majestuosas montañas suizas, los verdes pastizales, uno que otro pico nevado de los Alpes, con sus grandes cencerros y muchas, sobre todo las reinas, con guirnaldas de flores, con coronas floridas.

¿Qué había pasado?, se preguntaban las vacas. Ya habían visto el éxito del desfile cuando se presentó por vez primera en Zúrich en el verano de 2005. Había sido como

una gran Poya, con tanta vaca vestida de tantos diseños diversos, pues Pascal les había contado que cada vaca iba a ser diferente ya que serían diseñadas por pintores famosos, así es que con sorpresa se encontraron viendo que sus cuerpos servían para modelar de todo, pues había en el Cow Parade desde pilotos de la segunda guerra mundial hasta ¡vacas pintadas de vacas!

Las esculturas de las vacas habían sido hechas con todo tipo de material; había de cerámica, de fibra de vidrio, de plástico, de piedra... En lo general, las vacas quedaron contentas con las estatuas y mucho más alegres se pusieron cuando se vieron todas ilustradas con diseños tan extravagantes, como una vaca vestida de sari o aquella otra a la que le pintaron un tercer ojo.

Lucy, como buena reina de reinas, había seguido con interés todos los pormenores del Cow Parade y así se había enterado que le estaba dando la vuelta al mundo y las vacas visitaban las grandes metrópolis humanas donde, además, se encontraban con las vacas hechas en el país anfitrión y, por supuesto, tenían otros diseños y dibujos. Le habían dicho que las grandes capitales se peleaban por tener la fortuna de traer el desfile de vacas suizas y que los pedidos provenientes del mundo entero motivaron que Pascal decidiera separarlas, así podría mandar un grupo de vacas a desfilar a una ciudad y otro grupo a otra: todos quedarían contentos.

Lucy estaba feliz con los resultados hasta este día, cuando la noticia fue desastrosa. ¿Cómo que vandalizan a las vacas en Ginebra? ¿En Ginebra? No lo podía creer. Pero sí, la voz del granjero era clara: en Ginebra, no menos de una docena de vacas habían sido destruidas en el transcurso de apenas unos cuantos días y los organizadores pensaban que el desfile debería anularse para proteger a las otras

vacas. —¡Qué horror! —mugió Lucy—, por unos cuantos bandoleros todo acabará. —Lo que más le asombró fue que los destrozos ocurrieran en Ginebra, donde todo era tan tranquilo, tan respetuoso, tan organizado, tan... tan suizo pues. “¡Ah, qué tiempos vivimos!”, pensó Lucy.

Lo extraño fue que en 2006 un primer grupo del Cow Parade había visitado por una semana el aeropuerto internacional de Cointrin en Ginebra y la experiencia había sido muy placentera, con todos esos viajeros que se acercaron a ver de cerca cada vaca y a comentar entre ellos —entre los que salían de viaje, los que regresaban, los familiares y amigos que venían al aeropuerto a despedir o a recibir a alguien— que las vacas de mentirillas eran tan, pero tan lindas como las vacas de verdad.

En una ocasión, Lucy escuchó a una amiga ginebrina del granjero contarle que venía en su carro cuando se acercó a una camioneta que, sorprendentemente, llevaba a una vaca echada en la parte de atrás, era una brune café y tenía una corona de flores en la cabeza. Tal fue su sorpresa que se acercó al carro y entonces se percató que la vaca no era real, pero admitió que le había tomado varios segundos darse cuenta; para ello, había seguido al automóvil, que se había detenido precisamente en el aeropuerto donde, aparentemente, había una congregación muy importante de vacas... Lucy recordó entonces que se había reído mucho de la señora y que había pensado en lo inteligente de la idea de Pascal.

El Cow Parade había dado la vuelta al mundo desde 2005; en Tokio anduvieron nada menos que por el distrito de Ginza y muchos japoneses de las provincias, incluso de las más lejanas, fueron a la capital solamente para ver vacas; en París invadieron los Campos Elíseos, donde compitieron en gracia con los turistas pero, definitivamente, lo hicieron con gran chic francés; en Nueva York se presen-

taron en Central Park y les hicieron varios programas de televisión para transmitirlos a todo el país; en Londres acamparon en Soho; ahí, entre bohemios y artistas, se sintieron a sus anchas. En México ocuparon todos los espacios posibles e imposibles a lo largo del Paseo de la Reforma, pues ahí el pequeño grupo de vacas suizas se encontró con centenares de vacas *made in Mexico* a cual más de chistosas... Fue donde terminaron todas bailando *La vaca loca* pues el Manu Chau fue a enseñarles los pasitos y a ellas les entraron unas ganas locas de bailar el *Ritmo terminal* a pesar de que la letra es de lo más triste que hay, si se es vaca.

De la noche a la mañana se convirtieron en grandes viajeras, ninguna distancia se les hizo larga: Bruselas, Copenhague, Estocolmo, Oslo, Manila, Hong Kong, Singapur, Santiago y tantas otras capitales y ciudades del mundo, pero solamente en Ginebra fue infernal... La exposición estuvo a lo largo de la calle de Rhône y alrededor de la iglesia de Saint Pierre, por el parque de Bastion; unas cuantas se encontraron por los baños de Pâquis, en el puente de Mont Blanc y por la Promenade du Lac; otras se fueron al centro comercial de Balexert... —¿Todo para qué? Para terminar ahogadas en el lago Lemán, cubiertas de graffiti y despojadas de sus cencerros —concluyó Lucy.

Las vacas reales no podían creer la información que les llegaba sobre la suerte de sus estatuas porque, a ver, ¿a quién le gusta que le roben su decoración? Pero eso fue lo que pasó en Ginebra, donde a una vaca le robaron la corona de junquillos blancos; a otra le destruyeron los diseños de arabescos y a la de junto, que estaba a la mitad de la calle por donde van los tranvías, toda decorada con tatuajes como les ponen a las mujeres de la India cuando se van a casar, le echaron encima litros de pintura negra, ¡qué barbaridad!

El granjero y sus acompañantes se levantaron antes de que Lucy pudiera enterarse si la policía había encontrado a los culpables.

GINEBRA, JUNIO DE 2007

De la leche al chocolate

VAQUERÍAS VI

AQUÍ ESTOY PARA CONTARLES el mejor de los secretos, del porqué el chocolate suizo es el mejor. Pues porque ¡está hecho con leche de vaca suiza!

Cereza no me contó lo que sé del chocolate pero todo mundo sabe que la leche es básica para el chocolate, así como el cacao latinoamericano o africano es también elemental para el chocolate, o la miel mexicana que le da el sabor original y exquisito nada menos que al famoso Tobleron, esa barra de chocolate de leche con forma de la montaña alpina de Zermat, que en 2008 cumplió su primer centenario (el chocolate, no la montaña).

Aunque me sonrojo, también hay que decir que para la leche es muy importante que la vaca tenga una ubre bien cuidada, sana. Esto último no me lo contó Cereza, pero mucho de lo que aprendí sobre la leche, sí.

En fin, el secreto para el chocolate suizo es la leche y la leche viene de las vacas suizas que pastan en los campos alpinos y jurasianos de Europa y cuyo sabor cambia todo el tiempo porque las vacas no comen siempre lo mismo pues lo que ingieren depende de la estación del año; uffff, lo dije de corrido.

En Suiza las vacas son estrellas de cine, de la publicidad, de la televisión. Muy famosa y peculiar en todas las tiendas donde venden chocolate es la vaca Milka, única en el mundo porque tiene nada menos que la piel color

violeta, quien identifica al chocolate de leche dulce. La otra estrella del firmamento lácteo en Suiza es Lovely (mi preferida), quien desde 1993 es la que promueve el consumo de la leche mediante la publicidad de sus éxitos debido a sus huesos sumamente fuertes.

Todo mundo quiere a las vacas, esto es muy cierto. Para mucha gente la vaca es la representación de la madre, del origen de la vida y base del crecimiento sano; para otras es un animal grande que reconforta y calma, es simpático y siempre está para acompañarnos, o para darnos un buen susto en el campo, habría que añadir. Suiza adoptó como símbolo nacional a las vacas desde comienzos del siglo XIX y desde el siglo XX el mundo entero reconoce a Suiza como el país de las vacas de manchas negras.

Las vacas lecheras por excelencia fueron primero de raza friburguesa que se reconocía por sus manchones negros en la piel, pero por esas cosas de la vida, ésta desapareció a principios del siglo XX y su lugar fue ocupado por tres razas: holstein, tacheté-rouge y la brune. El suizo está tan dedicado a mejorar la calidad de la leche que fue aquí donde se inventó la manera de pasteurizarla a ultra alta temperatura (el apelativo UHT) para que dure mucho más tiempo sin echarse a perder. A que no saben que fue Louis Pasteur, el mismo que inventó la penicilina, el que ideó la leche pasteurizada que tomamos hoy día... ¿o sí lo sabían?

No estoy muy segura si todas las vacas en el mundo son consentidas, pero sí me consta que en Suiza lo son: ¡cada año las mandan de vacaciones! Tan pronto empieza el buen tiempo, las tropas bovinas son sacadas de los establos y luego, cuando la temperatura y el viento anuncian el verano, las llevan a pastar a las montañas, a los Alpes; para ello hay una gran fiesta, llamada la Poya, en la que las vacas, portando sus trofeos y cencerros, con guirnaldas y coronas

de flores alpinas, en un interminable desfile suben los empinados caminos hacia los pastizales de altura, seguidas de carretas que llevan los botes de leche, las máquinas de ordeñar y los grandes contenedores de sal, en medio de decenas de habitantes del pueblo que las acompañan.

En el caso contrario, cuando el tiempo se pone frío, lluvioso, con ventiscas, las vacas descienden a los establos de las granjas; claro que hay otra fiesta, en francés le llaman el *desalpage*, algo así como que las vacas se quedan sin los Alpes (también lo traducen como *inalpaje*) para festejar el regreso de lo que yo llamaría las vacaciones en las montañas, donde se la han pasado masticando casi todo el tiempo y digiriendo un par de horas más.

Jugando un juego que se llama precisamente la Poya aprendí que las vacas dedican a la gran comilona nada menos que unas 16 horas del día: durante ocho horas comen todo lo que encuentran y otras ocho horas las usan para rumiar lo que comieron. No lo entiendo, pues una vaca tiene ¡cuatro estómagos!, con los que podría comer y rumiar rapidito y yo, con tan solo un estómago, como y digiero rápido así es que si tuviera cuatro ya no les cuento lo que haría. Además, con sus 32 dientes, pues sería fácil pensar en que todos los kilos y kilos de comida pueden masticarse rápido, ¿no?

¿O, a poco transformar la hierba, la fruta, flores, el madero o qué sé yo, en leche, toma tanto tiempo? Aparentemente sí.

Cereza me pidió que no diga hierba así nada más, porque la HIERBA que crece en las montañas de los Alpes es muy especial: tomillo, comino, orégano, tréboles morados, blancos y verdes, albahaca, hinojo, junto con orquídeas que tienen sabor vainilla, edelweiss blancas, pensamientos de colores, junquillos amarillos y blancos, tulipanes multicolores,

violetas, lilas anaranjadas, pero también gramíneas como heno, maíz, avena, sorgo... y frutas y también avellanas, copos de madera de castaña... en total, una vaca lechera mastica hasta 100 kilos de hierba, perdón, HIERBAS, frutas, granos, maderos, flores... y toma no menos de 85 litros, sí, 85 litros de agua y lame unos cuantos kilos de sal para no deshidratarse.

¿Les cuento el secreto completo? Pues las vacas consumen hasta 75 clases de aromas diarios que se sienten en la leche calentita y espumosa que luego nos dan.

La vaca hace la leche y de la leche con el cacao nace el chocolate. Antes la ordeña de un rumiante era un ritual muypreciado, pero ahora las pobrecitas vacas se quejan de que todo se hace con un ordeñador mecánico; el granjero viene y coloca un tubo en cada una de las cuatro tetinas de la ubre y, cuando todas las vacas están conectadas, va hacia el motor del ordeñador y presiona un botón, y todas las vacas son ordeñadas al mismo tiempo en unos 15 minutos... Antes no era así, antes el granjero llegaba dos veces al día a los campos y pastizales donde se encontraba la vaca, se sentaba en un banquito de una sola pata y a mano, tras tras para arriba, tras tras para abajo, hacía fluir la leche de la ubre mientras la vaca, feliz durante unos 40 minutos, platicaba o masticaba y se ponía contenta cuando el granjero le hablaba, la acariciaba, le rascaba la oreja o, de plano, le estampaba un beso en la frente. ¡Ah, eran otros tiempos!

Pero para que una vaca produzca leche debe tener ternero y ya no ser *génisse* o *primipare*, que es como llaman a las bovinas que aún no se han reproducido; una buena rumiante tendrá unos cinco críos pero hay unas tan maternales que tienen hasta 10 terneros. El tiempo de lactancia es nada menos que de 305 de los 365 días del año,

durante el cual bebe leche el becerro y lo que sobra lo recupera el granjero. Haciendo las matemáticas, digamos que por cada becerro una vaca madre produce en un año 8 mil litros de leche aromática y así serán hasta 40 mil litros de leche por vaca... se dice y se escribe fácil, ¿no? 40 mil litros de leche si tiene cinco becerros y más si tiene más críos... Guauuuu, el granjero debe ser muy pero muy rico... actualmente sobre todo porque no solamente la vaca cuesta cada vez más sino el litro de leche también. Igual como pasa con nuestros bebés, cuando nacen los becerros les ponen un nombre y los identifican con un número —que luego será grabado en el cencerro del bovino—, así se puede conocer el censo de esta población.

Me he enterado que en Suiza, donde habitan 7.5 millones de suizos, existen 2.5 millones de bovinos de los que 550 mil son vacas lecheras; así que si multiplicamos 550 mil (que son las vacas lecheras) por los 8 mil litros de leche que produce anualmente cada una de ellas, tenemos que en este pequeño país se producen 4 millones y medio de litros de leche al año, y puede ser más si la vaca tiene más de cinco becerros.

Y, como dice Cereza, la leche suiza tiene los aromas de todo lo que come la vaca, además de que la proporción de grasa en relación con las proteínas en la leche hace que esta bebida sea la más nutritiva del mundo. Por aquello de que no conozcan, la lectina es la proteína de la leche que le da su color blanco, y si la secamos podemos confirmar que cada litro de leche equivale a 1 032 gramos.

¡Ah, sí! Cereza es una holstein rojiza a quien conocí en Gruyer (sí, el lugar donde se produce el famoso queso, pero para hacer una bola de 30 kilos de queso Gruyer se necesitan 360 litros de leche, por eso el queso es yummmi yummmi).

Y recuerden, el 19 de abril es ¡el día de la Leche!, así que beban litros y litros, pues siempre habrá vacas suizas que nos darán leche con 75 aromas y otros millones de vacas en el mundo nos darán leche con otros sabores que fortificarán nuestros huesos.

GRUYER, VERANO DE 2002

EPÍLOGO

Unas cuantas palabras para explicar algunos detalles de los cuentos que se me han ocurrido estos últimos años.

Gato extranjero.– Efectivamente, de acuerdo al país, el maullido de los gatos es descrito en forma diferente; en México hacen *miau miau* pero en Vietnam *meo meo*; en Holanda, China, Japón, Alemania, Paquistán, Francia o Suiza tienen otros sonidos. En los años posteriores a la derrota de Estados Unidos en la guerra contra Vietnam en 1975, había mucha carestía de víveres, enseres, de todo; los vietnamitas veían con desconfianza al extranjero, por eso aprendí un poco de la difícil lengua y también porque, vestida a la vietnamita, parecía una de sus mujeres. A pesar de lo difícil que era la vida ahí, había una atmósfera de determinación y de triunfo que no he encontrado nunca más en ningún otro país.

El millonario feliz.– En 1982, en el oriente de Honduras, hubo un pueblo que no era pueblo sino un lugar de refugio para cientos de personas que huyeron de El Salvador durante la guerra sucia. Colomoncagua fue creado por la oficina de la Organización de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) así como lo fue Mesa Grande en San Marcos Ocotepeque, donde vivimos.

La primera ocasión que acompañé a mi esposo a ese lugar lleno de tiendas de campañas y de chozas de adobe

me llamó la atención la cantidad de niños y niñas que me miraban con curiosidad. Para romper el hielo los invité a contar cuentos. Estos chiquillos desconocían el cuento de la Caperucita Roja, Blanca Nieves, todos los que les mencioné. Les conté uno que otro, escogiendo los que más les gustan a mis dos hijos, pero nunca supe si efectivamente les habían gustado a ellos; ciertamente no eran como los pequeños de mi pueblo, a lo mejor era porque aún tenían muy cerca el recuerdo de sus hogares incendiados o las muertes de sus seres queridos. Cuando terminé les dije que era su turno de contarme cuentos y ahí sí que se rieron, de mí. Nadie se quería atrever; se daban codazos, sonreían, se me quedaban viendo de frente sin que dijeran algo. De repente, Milo —así dice que se llama— se adelanta y dice que me cuenta un cuento; no sabe cómo se llama el cuento; “no tiene nombre”, dice. Este es, pues, su cuento. Ninguno de los adultos pudo decirme si era cierto o un invento.

El caballito.— Este es uno de los que más les gustan a mis hijos. Se me ocurrió después del festival Lok Virsal que da término a la primavera, cuando el caballo de lo más bello que se puedan imaginar, estuvo haciendo una serie de piruetas en el terreno frente a la tienda en que estaba amarrado; su forma de moverse era tan graciosa que parecía que estaba bailando. ¡A lo mejor! Yo estaba sumamente sorprendida. Le pedí a una amiga que le tomara fotos —que nunca vi— y tuve esa imagen grabada por mucho tiempo. Una noche el cuento se me presentó completo de principio a fin, en inglés. Fue publicado en la revista de las esposas de funcionarios de las Naciones Unidas y también en el periódico paquistaní *The Nation*. Ha pasado mucho tiempo, pero ahora que lo he escrito en español me sigue gustando tanto como cuando lo escribí por primera vez.

Durante el tiempo que vivimos en Paquistán aprendí a bailar khattak, un baile mongol que distinguía a las cortes de la época de los emperadores en esa región del mundo, una danza clásica de inspiración religiosa. El kojál es un maquillaje en polvo, negro, popularmente conocido ahora como khol; la tabla es un tambor que acompaña siempre a la música del khattak.

El 59.— Lo más divertido de este cuento fue imaginarme cómo iba a resolver la parte de los números. Nunca he sido buena para las matemáticas y esto era más que sólo eso. Finalmente, varios años después de tener la historia en la cabeza, la idea de cómo trabajar los números se me ocurrió durante un verano. Hice una lista, doble, de números que se me ocurrieron al azar. Los escribí en papelitos, los doblé y los separé en dos montoncitos; a uno de estos le quité uno de los números que, al desdoblarlo, resultó ser el 59. El entorno de la historia es cierto, así como también existe el parque Wiston y sí, efectivamente, esa noche mi esposo cenó borrego.

Mi casa es tu casa.— El origen de este cuento es una anécdota narrada por el hindú Amartya Sen, quien es un famoso académico de las universidades de Cambridge y Harvard que obtuvo el Premio Nobel de Economía en 1998.

Vino a Ginebra, invitado a la Conferencia Internacional del Trabajo en junio de 1999; tuve la oportunidad de entrevistarlo sobre temas económicos y me llamaron la atención su mirada jovial y su risa fácil.

La conquista de Anu.— La inspiración de este cuento (si de inspiración se trata) llegó durante un vuelo de Ulán Bator a Beijing; desde el avión, mirando hacia el desierto del Gobi donde se reflejaban, en sombras, las nubes que atravesaba

ban el cielo, pensé que sería la mejor manera de protegerse del sol cuando se cruza un desierto. En Mongolia me enteré de que el Gabo estaba enfermo y, a mi regreso a casa, leí su poema. Escribí el cuento para enviárselo. No lo hice.

En noviembre de 2001 conocí en Londres a Anu, de ocho años entonces, quien asistía a la graduación de su madre, doctora, de una maestría en salud pública de la Universidad de Westminster, mientras que yo acompañaba a mi hijo Renato a la suya en Ciencias Políticas; la pequeñita era practicante y fue además traductora de la conversación que sostuve con sus abuelos maternos, a quienes había visto antes en una estación de tren y me dije “esa pareja es de Mongolia”. Al Gabo y a Anu les entrego este cuento.

Elefante berrinchudo.– Nunca me hubiese imaginado presenciar semejante espectáculo: el elefante estaba enfurecido. La persona que me acompañaba me comentó que la escena ocurría alguna vez pero no con frecuencia, y que la razón era que el paquidermo tenía hambre. Durante la estancia en Bangkok ocurrió igualmente el robo del diamante, así como la captura de la reina de los ladrones. Ambos eventos fueron reales, a mí solamente me tocó ponerlos en evidencia y relacionarlos para crear esta historia.

Mariposa, mariposón.– Siempre supe que alguna vez en mi vida iría a visitar el santuario de las monarcas en Michoacán, sobre todo cuando me entró la costumbre de coleccionar mariposas en todos los materiales posibles excepto las disecadas, porque éstas son de verdad. En febrero de 2005 se me cumplió este deseo. Fue una experiencia maravillosa, increíble; la visión de los árboles de cuyas ramas cuelgan los racimos de monarcas durmiendo es delirante, tanto como verlas revolotear a escasos centímetros y observarlas

cuando se bañan en los chorros de agua que les tiran los guardadores de los bosques de oyameles.

El meollo del cuento apenas se me presentó en 2007 y luego de proyectarlo lo deseché, porque me pareció que el tema de los celos no es de lo más simpático para la infancia, pero a fines de ese año me percaté que el mensaje es bonito pues ¿quién no ha tenido celos durante la infancia? No es el fin del mundo y se aprende a ser humilde y aceptar la realidad. La monarca que me contó su historia es real, como puede verse en la fotografía que tomé yo misma usando mi celular al tiempo que le decía “no te muevas; por favor, no te muevas, porque, a menos que tome la foto, nadie va a creer que estuviste en mi dedo contándome historias” y ella, por supuesto, se quedó quietecita.

En la temporada 2004-2005 visitaron la reserva de las monarcas 125 mil personas; yo recorrí más de 14 mil kilómetros para verlas. Hay muchas especies de mariposas que están en peligro de desaparecer en varios países; en Suiza, por ejemplo, hay 13 registradas en vías de extinción. Curiosamente hay monarcas en otros países, como en Ecuador, pero no viajan.

La mariposa morpho es grande, como de 12 centímetros y puede durar hasta tres meses; en náhuatl las llamaban *matlalpapalotl*, que significa *mariposa preciosa* o *mariposa turquesa*, pero en el sur los mayas le llamaban *pepem* por su color.

La hormiguita virgen.– Como la mayoría de mis historias, esta también es real. Tanto en lo que toca a la diosita Kumari de Patán (Nepal), como a que fonéticamente mi nombre se traduce en hormiga. Resulta impresionante la selección de la portadora kumari del personaje de la sangrienta dio-

sa Kali, pero así es la cultura. Cientos de padres llevan a sus pequeñas al templo de los monjes cuando cumplen tres años para tentar la suerte de verlas elegidas. Dicen que hay muchos lloriqueos, sustos y niñitas que no duermen, pues las pruebas a las que las someten son impresionantes: una consiste en caminar entre reptiles y fuego, otra, en quedarse sin dormir una noche entera sin tener miedo a la oscuridad... creo que son las más fáciles. Cuando por esas cosas de la vida les llega la menstruación pierden el rango pero el Estado y la monarquía les dan una renta vitalicia para que vivan con holgura.

Aclaraciones: el chai es té; el *chapatti* la tortilla de por allá; los *curries* son como nuestro mole, una pasta de especias, pero los de Asia no tienen los mismos chiles ni usan chocolate; la tika es un lunar pintado en medio de la frente, normalmente de color rojo; el sari es la vestimenta femenina por excelencia en países como India, Pakistán, Sri Lanka y Nepal, normalmente son siete metros, de seda o algodón, pintados al estilo batik, aunque los hay también festivos cuya extensión alcanza los nueve metros. Los *petit coats* son unas blusas que llegan por debajo del busto y dejan ver el talle y generalmente hasta la panza, pues el sari se envuelve unos cuantos centímetros debajo del ombligo.

Vaquerías.— ¿Cómo no recibir inspiración de las vacas cuando se vive en Suiza? Están por donde quiera, comen todo el tiempo, mugen y, además, los cencerros no dejan de repiquetear. Esta serie de cuentos empezó cuando Aliosha no quería dormir en una noche de luna; mientras le contaba cuentos, muchos de los cuales yo misma inventaba, escuché el cencerro de una de las vacas que pastaban en el campo cercano a la casa que habitaba en

Commugny, Suiza, y al acercarme a la ventana vi su silueta. Días después desarrollé el lenguaje con el que me acerqué a trabar conversación con la primera. Los cuentos que le siguen fueron creados a partir de la aparición de la enfermedad vacuna llamada “vaca loca”, de visitas a Gruyer, donde ahora existe el Museo del Queso y toda una serie de publicidad en los medios impresos, la televisión y el cine que tienen de actriz principal a una vaca, Lovely, y los que, desde hace dos décadas, vengo viendo con especial regocijo por lo bien pensados y simpáticos que son y que, efectivamente, cumplen con su cometido de promover el consumo de la leche en Suiza.

La historia del robo de los cencerros es cierta; la noticia la guardé celosamente hasta que me vino la inspiración y durante la investigación seguida me desalentó saber que hasta la fecha se ignora quiénes fueron los ladrones y, por lo tanto, no han sido penados. Igualmente cierta es la noticia sobre el descubrimiento en Chile de las vacas descendientes de la raza friburguesa suiza, apenas en diciembre de 2007.

En el último año, desde que perdí un cuentito fabuloso que escribí para una revista de televisión, con el título de algo así como *Lovely cae del estrellato*, he aprendido tantas cosas de las vacas que casi casi me siento experta, pues eso de que existan vírgenes (*génisses*) y primerizas (*primipares*) no es cosa que se aprenda todos los días.

Claro que si fuera yo ganadera hubiese sabido que la práctica de la lucha de vacas fue establecida en Suiza a comienzos del siglo pasado y, desde entonces, existe una comisión cantonal de combate de reinas, ya que las que llegan hasta este ring han sido coronadas campeonas en sus propias rancherías y regiones (cantones). Además conocería sobre la existencia de un árbitro, llamado *rabatteur*,

porque, habrá que decirlo, es el que les echa un ojo para que no se lastimen, o las incita a pelear cuando tardan mucho en enfrentarse; uno de ellos me contó que las vacas no se lastiman de verdad como pasó con Tonnerre y Lambada en 2004, cuando el pleito duró tres cuartos de hora.

Y ni qué decir de la experiencia de asistir al concurso de belleza de vacas en Bulle, en 2008; la verdad, entre los certámenes de belleza de las reinas de belleza y el de vacas no hay mucha diferencia, pues toman en cuenta la perfección de sus movimientos en el desfile y su comportamiento general ante las órdenes del juez; las medidas, la forma de la ubre, de las piernas, del cuerpo en general, y cuenta también el perfil y forma de la cara, ojos, nariz y, por supuesto, la gracia natural.

AGRADECIMIENTOS

Ya sé que los agradecimientos en una obra van al principio pero a mí me parece más lógico hacerlos al final.

Antes que nada a Anders y a nuestros hijos Renato y Aliosha, y a nuestra hija Ámbar-Maya, a quienes estos cuentecitos, en su forma oral, les conté y reconté por años sin que jamás me pidieran dejar de hacerlo. En el mismo nivel de sentimiento categórico, a mi mamá Teté de León Marín, quien desde que papá Francisco Núñez logró hacer la voluntad de Dios en la Tierra, me pidió y pidió cumplir con este deseo: “deja de platicarlos, escríbelos”.

Este tiempo libre habría sido imposible si no me hubiese quedado sin trabajo; no hay, pues, mal que por bien no venga y, así, durante el invierno 2007-2008 me atreví a sentarme frente a esta computadora roja a escribirlos.

También doy crédito a una serie de referencias: los artículos del periódico *Le Matin* y de *La Tribune de Genève* sobre las vacas; al señor Pfeuti Heinz del departamento de la policía en Berna, por los datos sobre la investigación del robo de cencerros; al señor Roger Pasquier, granjero de Bulle, por su descubrimiento de las vacas suizas chilenas y las fotos que me ofreció; a la señora Chantal Folliet-Pervangher, creadora del juego la poya, por la amplia información sobre la vida de las vacas y el divertimento que nos da.

Y mi reconocimiento final a todas las personas y amistades que a lo largo de mis viajes me han ofrecido, sin saberlo, el enorme estímulo para la invención de estas historias, así como a los libros de historia, cultura y guías turísticas de estos países.

CONTENIDO

Prólogo	9
Gato extranjero	17
El millonario feliz	22
El caballito	24
El 59	30
Mi casa es tu casa	35
La conquista de Anu	37
Elefante berrinchudo	47
Mariposa, mariposón	52
La hormiguita virgen	58
Vaquerías	
I. Vaca de luna llena	67
II. La reina de todas	72
III. El misterio de los cencerros	76
IV. Desde Chile, con amor	81
V. Cow Parade infernal	85
VI. De la leche al chocolate	91
Epílogo	97
Agradecimientos	105



Kyra Núñez de León Johnsson
Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1952.

Licenciada en periodismo y comunicación colectiva por la UNAM y maestra en relaciones internacionales por la Universidad de Ginebra en Suiza. Ha sido asistente de información del ACNUR en Pakistán; coordinadora de información de la Conferencia internacional para refugiados y desplazados en América Central (Ginebra, ONU) y corresponsal en el extranjero de los diarios: *La Jornada*, *Excélsior*, *El Día* y *El Sol de Chiapas*. Ha publicado los libros: *Mujeres en Vietnam*, *El aborto en México* y *Freedom of Expression in Mexico*. Es miembro de la Asociación de periodistas extranjeros en Suiza (de cuyo comité ejecutivo formó parte) y de la Asociación de periodistas acreditados ante la ONU en Ginebra; miembro fundador de la Asociación de periodistas latinoamericanos e iberoamericanos en Suiza. Fue la primera mujer chiapaneca en obtener el título de periodista y la primera en dirigir un periódico en Chiapas. Actualmente prepara el libro *Mexicanas en Suiza* y dedica el tiempo libre a su primera novela.

Jerigonza
Cuentos y animales
se terminó de imprimir
en mayo de 2009 en Talleres Gráficos,
en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.
Los interiores se tiraron sobre papel cultural de
45 kg y la portada sobre cartulina couché de 169
kg. En su composición tipográfica se utilizó la
familia ITC Usherwood.
Se imprimieron mil ejemplares.

La edición estuvo a cargo de la Dirección
de Publicaciones del CONECULTA.
Corrección de estilo/Liliana Velásquez Gómez • Mario Alberto Bautista.
Diseño y formación electrónica/Mónica Trujillo Ley • Claudia Esquinca Utrilla.

